

2

HERRAMIENTAS PARA UNA RECONCILIACIÓN CON DIOS





HERRAMIENTAS PARA UNA **RECONCILIACIÓN** **CON DIOS**

HERRAMIENTAS PARA LA **RECONCILIACIÓN**

Sanando las heridas del conflicto y reconstruyendo los vínculos y el tejido social a nivel personal, comunitario, político y ecológico





Compañía de Jesús, Provincia Colombiana

Edificio Curia Provincial
Carrera 25 #39 – 79
Bogotá, Colombia
Teléfono: +57 (1)3314560
www.jesuitas.co



©Servicio Jesuita a Refugiados Colombia

Oficina del JRS Colombia
Carrera 5 #33B – 02
Bogotá, Colombia.
Teléfono: +57 2456181 ext. 764
col.jrs.net

Carlos Eduardo Correa, S.J.

Provincial Compañía de Jesús Colombia

Mauricio García Durán, S.J.

Director Nacional del JRS Colombia

Primer edición: marzo, 2017

Segunda edición: noviembre, 2020

Autores

Mauricio García Durán, S.J.
Ómar Pabón, S.J.
Oscar Freites, S.J.
Yamid Castiblanco, S.J.
Nerio Solís, S.J.
Elías López, S.J.
Gina Sánchez
Lorena Fernández
Merlys Mosquera
Miguel Grijalba
Pablo Fernández
Daniel Cuevas Jaramillo
Natalia Lozano Cuellar
Diana Rueda
María José Hernández
María Alejandra Cely Gómez
Mitchel Nicolás Zuluaga Quintero

El presente volumen de las “Herramientas para la Reconciliación: sanando las heridas del conflicto y reconstruyendo los vínculos y el tejido social a nivel personal, comunitario, político y ecológico. Segunda edición, ampliada y corregida” es un documento institucional. Están reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN Herramientas para la reconciliación - 2º versión ampliada y corregida: 978-958-59540-7-6

ISBN Herramientas para una reconciliación con Dios: 978-958-53087-0-1

Colaboradores

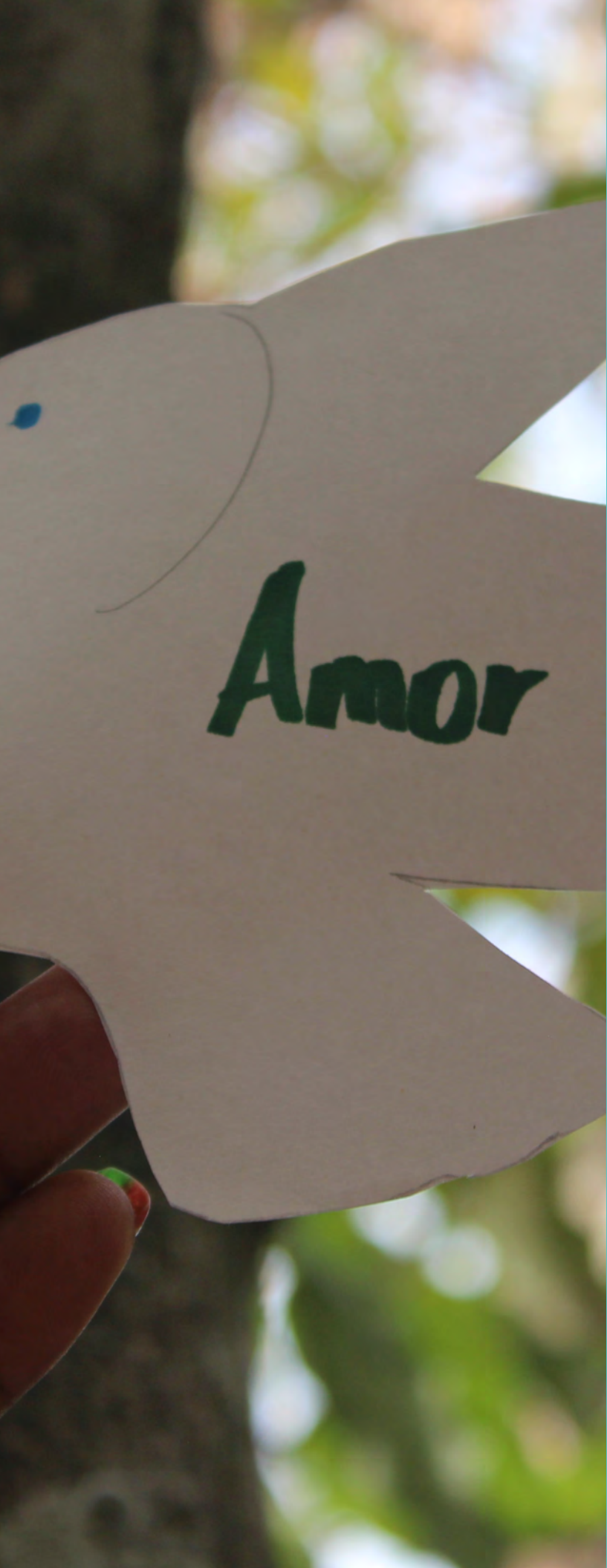
Coordinación editorial: Katherin Alfonso
Apoyo editorial: Oscar Freites, S.J. y equipo de Comunicaciones del JRS Colombia.
Corrección de estilo: Liz Anguely Trujillo Puentes
Fotografías: ©JRS Colombia, ©Jesuitas Colombia, ©Fundación Proterra, freepik.com, cathopic.com, pexels.com.
Diseño y diagramación: Natalia Hernández Sánchez
Asistencia en diseño: Angie Juliana Sánchez Zapata
Impresión: Contacto Gráfico (Bogotá, Colombia)

Publicación propiedad del Servicio Jesuita a Refugiados – Colombia, con apoyo de la Provincia Colombiana de la Compañía de Jesús. El diseño, diagramación e impresión de la publicación es financiado por la Delegación de la Unión Europea en Colombia, a través del proyecto “Tejedores de Vida: una apuesta de educación para la paz y la reconciliación desde las nuevas generaciones”.



Contenido

- 1 RECONCILIACIÓN Y PERDÓN EN LA BIBLIA
Pág. 4
- 2 RECONCILIACIÓN Y SACRAMENTO
Pág. 10
- 3 COMUNIDADES ECLESIALES RECONCILIADAS Y RECONCILIADORAS
Pág. 16
- 4 RECONCILIACIÓN COMO LUGAR DE ENCUENTRO ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO
Pág. 24
- 5 ANEXOS
Pág. 28
 - 5.1. Gran encuentro de oración por la reconciliación nacional (Papa Francisco)
Pág. 28
- 6 TEXTOS COMPLEMENTARIOS
Pág. 31
 - 6.1. La misión reconciliadora de la Iglesia (Juan María Uriarte)
Pág. 31
 - 6.2. La tierra prometida, un viaje peligroso (Robert Schreiter)
Pág. 40



Amor

1 RECONCILIACIÓN Y PERDÓN EN LA BIBLIA



OBJETIVO

Aproximarse a la comprensión de la reconciliación y el perdón narrada en la Biblia de forma que reconozcamos cómo los textos bíblicos nos pueden iluminar y animar en nuestro compromiso por la reconciliación y el perdón.



CONTEXTUALIZANDO EL TEMA

Podemos iniciar con la lectura (disponible en anexos) o con el vídeo sobre el mensaje del papa Francisco en el encuentro de oración con las víctimas en Villavieco el 8 de septiembre de 2017. Podemos encontrarlo en YouTube con el título:



En Villavieco el Papa Francisco habla ante las víctimas de la guerra en Colombia

Luego de la lectura o de observar el video, comentamos, en grupo(s), qué fue lo que más nos llamó la atención de las palabras del papa Francisco y cómo estas se relacionan con la realidad que vivimos o hemos vivido en nuestro propio contexto.



REFERENTE TEÓRICO

No se puede decir que haya un gran desarrollo sobre la reconciliación en la Biblia. Con excepción de San Pablo que habla en varias de sus cartas sobre el tema. Las demás alusiones sobre la reconciliación son anotaciones puntuales o textos que pueden ser leídos desde una perspectiva de reconciliación. Ahora bien, hay que tener presente que el sentido más hondo de la revelación en la Biblia parece poder explicarse desde la reconciliación¹. “El propósito básico de Dios actuando en la historia es la reconciliación”² ya que como bien lo dice Pablo: “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5,19).

Por eso, el gran reto que tenemos, como creyentes, es descubrir la inesperada presencia de Dios en nuestra historia, en nuestros conflictos y en los esfuerzos por encontrar un camino de reconciliación en medio de todo ello.

Encontramos en la Biblia algunos aportes que nos ayudan a entender la reconciliación y el perdón como un caminar a través del conflicto y un descubrir la presencia de Dios como actor fundamental de ella. Primero, encontramos algunas pinceladas en el Antiguo Testamento y luego el desarrollo más hondo del tema del perdón y la reconciliación en el Nuevo Testamento, particularmente, en Jesús y en Pablo.

¹ Baena, *Fenomenología de la Revelación - Teología de la Biblia y Hermenéutica*.

² Lederach, *Reconcile - Conflict transformation for ordinary Christians*, 104.

Reconciliación en el Antiguo Testamento (AT)

Hay diversos textos en el AT que utilizan la palabra reconciliación o el verbo reconciliar. Se utiliza en dos sentidos. Por una parte, en el sentido de volver a Dios, de recomponer la relación con Dios: “que [Dios] escuche vuestras súplicas y se reconcilie con vosotros y no os abandone en tiempo de desgracia” (II Mac 1,5) o como lo expresa Job: “reconcíliate con él y haz la paz: así tu dicha te será devuelta” (Jb 22,21)”³.

Por otra parte, también se utiliza en el sentido de recomponer la relación con un enemigo o con alguien con quien se tiene conflicto: “Simón se reconcilió con ellos y no los atacó” (I Mac 13,47), también como narra el libro del Eclesiástico: “si contra tu amigo has abierto la boca, no te inquietes, que aún cabe reconciliación” (Ecle 22, 22)⁴. Sin embargo, hay un pasaje en el Salmo 85, que, sin mencionar propiamente la palabra reconciliación, hablan de la dinámica profunda que supone reconciliar.

Reconciliación como lugar de encuentro con el otro y con las energías de la confrontación

El Salmo 85,11 narra: “la misericordia y la verdad se encuentran, la justicia y la paz se abrazan”. La reconciliación es entendida, en este versículo, como lugar de encuentro de los actores y energías de la confrontación, encuentro posibilitado por Dios. Estamos llamados a vivir la reconciliación como un espacio de encuentro con uno mismo, con los otros y con Dios; donde la verdad, la misericordia, la justicia y la paz sean la base de este encuentro.

La reconciliación solo es posible cuando damos espacio a estas cuatro, cuando descubrimos el potencial reconciliador en tanto que asumimos sus dinamismos. Cuando lo hacemos, Dios nos revela la vía hacia la reconciliación. “Las personas necesitan la oportunidad y el espacio para expresar el trauma y el dolor provocados por lo que se ha perdido y la ira que acompaña al dolor y a las injusticias que han sufrido”⁵. La reconciliación es la posibilidad de crear un espacio social donde la verdad y el perdón estén validados y unidos, no separados y fragmentados.

Reconciliación y perdón en el Nuevo Testamento (NT)

En el NT nos encontramos con dos grandes senderos

hacia la paz: la reconciliación y el perdón. Por una parte, tenemos la vida y relaciones de Jesús con los demás. Jesús, a quien podríamos llamar Cristo el Reconciliador, con su vida, permite que los que están marginados puedan reconciliarse con ellos mismos, con la sociedad y con Dios; incluso, sus apariciones de Resucitado se pueden ver como acciones de reconciliación.

Por otra parte, están las cartas de Pablo, quien descubre, en su experiencia de encuentro y seguimiento de Jesús resucitado, que lo más profundo de Dios mismo es el intento por reconciliar toda la creación con Él, de poner todos los seres en su misma manera de actuar, tal y como se manifestó en Jesucristo: “Dios tuvo a bien [...] reconciliar todas las cosas por él” (Col 1,20).

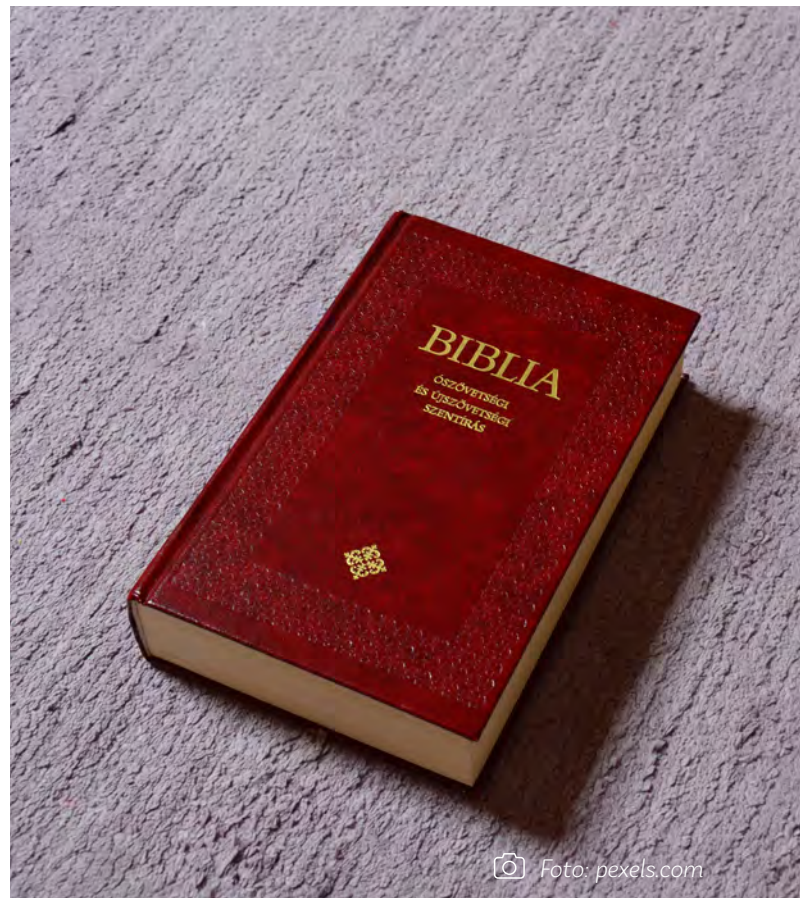


Foto: pexels.com

³ Otros textos en este sentido de reconciliación con Dios son los siguientes: II Mac 5,20; 7,33; 8,29; Ecle 44,17.

⁴ Otros textos en este sentido de reconciliación con otros son los siguientes: II Mac 11,14; 13,23; Prov 16,7; Ecle 27,21.

⁵ Lederach, *Construyendo paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, 60-61.

Las artes reconciliadoras de Jesús

El modelo último de reconciliación es Jesús, el que mejor manifiesta el actuar reconciliador de Dios mismo⁶. Por medio de su encuentro con los demás, él los invita, desde lo más profundo, a que sean hombres y mujeres que se aceptan a sí mismos, para que con la fuerza de su gracia puedan llegar a ser personas reconciliadas y capaces de acercarse para reconciliarse con los demás. Jesús nos llama a tener presente una triple exigencia: amar a Dios, amar a los demás, particularmente a aquellos que están al margen, y amarse a sí mismo.

Desde esta mirada, reconciliar requiere un compromiso de ver el rostro de Dios en el otro, sentir el mundo desde su perspectiva y ubicarnos, no en control, sino junto a su experiencia y su realidad, sus problemas y sus dolores. Hay tres aspectos en las artes reconciliadoras de Jesús que debemos tener presentes⁷:

1.



Desde una perspectiva de amor, es posible ver el rostro del otro, reconocer su propia humanidad y descubrir la presencia de Dios en él o en ella, hallazgo que permite acercarse auténticamente por los demás. El punto de partida más importante de la reconciliación es aceptar nuestra mutua humanidad⁸, reconocimiento que Jesús hizo con todos, especialmente, con los que estaban en las periferias de la sociedad judía.

2.



Cuando se reconoce la humanidad del otro, se puede preguntar por su vida, como lo hacía Jesús, y “escuchar y atender con el oído del corazón”, como lo dijo San Benito. Se trata de darle toda la importancia que tiene la voz del otro para manifestar su propia experiencia y sus búsquedas como persona.

3.



Las dos primeras artes reconciliadoras llevan a una tercera: saber acompañar a través de una amistad comprometida. Jesús eligió partir el pan con aquellos que, según los estándares religiosos de la época, debían mantenerse a distancia (pecadores, leprosos, etc.), con aquellos con quienes tenían división y conflicto (samaritanos, cobradores de impuestos y extranjeros), invitándolos de manera honda a la reconciliación⁹.

La invitación de Jesús a amar a los enemigos y a perdonar

Jesús no solo desplegó sus artes reconciliadoras, también regaló un mensaje a los demás, sobre todo de amor y perdón a los enemigos: “Amen a vuestros enemigos, hagan el bien a los que los odien, bendecid a los que los maldigan, rueguen por los que los difaman” (Lc 6, 27-28).

El perdón nace de la experiencia del amor gratuito de Dios que nos transforma, pues...

El perdón es la expresión eximia del amor gratuito que nace de la experiencia de Dios. Es un aspecto esencial del amor a los enemigos, que es la cumbre de la moral evangélica, tal y como aparece en el Sermón del Monte [...] Quien se descubre viniendo y viviendo del amor infinito de Dios, que acoge y perdona siempre, necesariamente tiene que estar dispuesto a perdonar y amar.¹⁰

⁶ Baena, *Fenomenología de la Revelación - Teología de la Biblia y Hermenéutica*, 715.

⁷ Lederach, *Reconcile- Conflict transformation for ordinary Christians*, 51-60.

⁸ *Ibíd.*

⁹ *Ibíd.*, 55.

¹⁰ Aguirre, “Perspectiva Teológica del perdón”, 205-206.

Jesús llega a la cumbre de sus exigencias con la invitación a amar a los enemigos, a perdonarlos, para ser verdaderos hijos de Dios (Mt 5,43-48).

Jesús se siente invitado al perdón porque es lo que ve hacer a su Padre: “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36). Este perdón es evidente en algunas parábolas como la del ‘Hijo Pródigo’ o el ‘Padre Misericordioso’ (Lc 15, 11-32). Jesús practicó, sin duda, el perdón, acercándose y siendo amigo de publicanos y pecadores (Mt. 11, 19). Comió, compartió con ellos y sintió que Él no vino “a llamar justos sino pecadores” (Mt. 9,13). Asimismo, les ofreció un perdón generoso como a la mujer adúltera (Jn 8,1ss). Exhortó a perdonar siempre: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18, 21-22).

Por eso, Jesús exigió a los suyos el mutuo perdón: “Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón a cada uno y cada una vuestro hermano” (Mt. 18, 35). Igualmente, Jesús invitó a pedir el perdón al hermano que hemos ofendido, invitó a reconciliarnos con él: “si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja la ofrenda allí delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

Incluso, Jesús murió perdonando: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

Los relatos de la resurrección del Señor como relatos de reconciliación

Estas narraciones han sido leídas en la historia de la Iglesia desde distintas perspectivas. Aquí cabe, también, una lectura desde la reconciliación. Los apóstoles y seguidores de Jesús quedaron devastados luego de la tortura y muerte de su maestro: huyen, se dispersan, tienen tristeza y miedo. “Las apariciones de Jesús son momentos en los que triunfa el reconocimiento, la reconciliación, la curación”¹¹.

Jesús aparece como víctima reconciliada y como reconciliador. Las apariciones del Señor nos llevan a una espiritualidad de la reconciliación que nos permite afrontar las diversas formas de ausencia y la desorien-

tación provocada por experiencias traumatizantes. Es una espiritualidad que nos invita a ser acompañantes, a caminar con otros que están heridos, como los discípulos de Emaús. “El contar la historia desde un ángulo diferente obra la curación de la memoria”¹².

“Las víctimas reciben un regalo que restaura su humanidad y hace posible de nuevo la confianza”¹³. Se trata de heridas que hacen sanar, que se convierten en instrumentos de reconciliación, como en el caso de Tomás. Jesús resucitado es un sobreviviente, sus heridas no desaparecen; antes bien, lo vinculan por siempre a su muerte y resurrección. Así pues, “vinculando nuestro sufrimiento al de Cristo, nos configuramos con él en el sufrimiento, de tal manera que nuestro propio sufrimiento puede ser también redentor”¹⁴.

Reconciliación en las cartas de Pablo

Quien presenta con mayor claridad esta reconciliación es Pablo. En el NT, el tema de la reconciliación muestra la relación que esta tiene con la acción del mismo Dios en Jesucristo¹⁵.

2 Cor 5, 18-20: *Y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación. Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, y es Dios el que exhorta a los hombres por intermedio nuestro. Por eso, les suplicamos en nombre de Cristo: Déjense reconciliar con Dios.*

El texto de **2 Cor 5, 18-19** constituye un enunciado central en el pensamiento de Pablo¹⁶. “El “reconciliaos con Dios” (2 Cor 5,20) no es otra cosa que situarse en la misma tendencia de la personalidad de Dios”¹⁷, es decir, nos reconciamos cuando llegamos a actuar como Dios lo hace: entregándose, dándose, sirviendo, donándose.

¹¹ Schreiter, *El Ministerio de la Reconciliación*, 39.

¹² *Ibíd.*,71.

¹³ *Ibíd.*,77.

¹⁴ *Ibíd.*,105.

¹⁵ Los textos de Pablo donde habla de la reconciliación son: Rom 5,1-11; 2 Cor 5,18-20; Ef 2, 11-16; Col 1,19-22.

¹⁶ Baena, *Fenomenología de la Revelación - Teología de la Biblia y Hermenéutica*, 713.

¹⁷ *Ibíd.*,740.

En **2 Cor 5,21** Dios reconcilia a los creyentes, no solo para que ellos se transformen en embajadores de la reconciliación, sino para que sean “justicia de Dios”. De hecho, la pedagogía de la reconciliación en San Pablo no se puede entender sin otras dos ideas de su teología: la justicia y la paz. La paz es una modalidad de la reconciliación y la justicia es su finalidad¹⁸.

Ef 2, 15-16: Porque Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo, destruyendo el muro de enemistad que los separaba. Él ha reconciliado a los dos pueblos con Dios uniéndolos en un solo cuerpo por medio de la cruz y destruyendo la enemistad.

Reconciliar, para Pablo, es sinónimo de “crear una nueva humanidad” y, para ello, se necesita eliminar la enemistad, pero no a los enemigos. Se trata de una nueva humanidad en la que las causas antiguas de separación ya no funcionan ¹⁹.

¿Cómo sucede esta nueva creación? Sucede pacíficamente, haciendo las paces y no pacificando; construida de abajo hacia arriba y no se impone de arriba hacia abajo. Quienes han sido reconciliados en Cristo, también son justicia de Dios, por eso, son embajadores de la reconciliación, pues han sido habilitados para guiar a otros por el mismo camino ²⁰.

El desarrollo más importante de la perspectiva de la reconciliación en las cartas paulinas se resume en lo siguiente: “la reconciliación es el nuevo nombre que recibe la creación”²¹, creación que opera por mediación de Cristo, generando una humanidad nueva en la que ya no subsisten las causas de división. “La pedagogía con la cual Dios interviene en la historia: en Cristo, su crear las criaturas deviene reconciliación con ellas y entre ellas”²².



¹⁸ Granados, *La Teología de la Reconciliación en las Cartas de San Pablo*, 137.

¹⁹ Cf. Ef 2,15-16

²⁰ Granados, “La Reconciliación en la carta a los Efesios y en la carta a los Colosenses”. 2008

²¹ Granados, *La Teología de la Reconciliación en las Cartas de San Pablo*, 127.

²² *Ibíd.*, 131.



PROPUESTA PEDAGÓGICA

Invitamos al grupo a hacer un ejercicio de Lectura Popular de la Biblia (LPB), mediante los siguientes pasos:

1. Escogemos uno de los siguientes textos bíblicos para trabajar en grupo. Si el grupo es numeroso podemos conformar subgrupos más pequeños y distribuir uno de los textos a cada grupo:

- ▶▶ Lc 6,27-36: Amar a los enemigos.
- ▶▶ Mt 5,23-24: Ir a reconciliarse con el hermano antes de presentar la ofrenda.
- ▶▶ Lc 24,13-35: Encuentro del Resucitado con los discípulos de Emaús.
- ▶▶ 2 Cor 5,18-20: Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo.

2. Leemos el texto bíblico de manera clara y pausada, preferiblemente, con la participación de otros compañeros o compañeras. Recomendamos que lean varias veces el texto hasta comprenderlo.

3. Luego, reflexionamos, en silencio, el texto seleccionado y volvemos a leerlo de manera personal. Nos preguntamos:

- ▶▶ ¿Qué palabra o frase resuena en mí?
- ▶▶ ¿Qué palabra o frase me gusta o me impacta?

4. Después, cada uno y cada una, comparte la frase que más le impacto del texto bíblico.

5. Por último, el facilitador o facilitadora presenta un resumen o una síntesis de lo que ha expresado el grupo.



COMPROMISO

Pensamos grupalmente a qué nos compromete el mensaje de perdón y reconciliación en la Biblia que hemos trabajado: ¿a qué compromiso concreto me invitan estos textos bíblicos?



EVALUACIÓN

Por último, finalizamos la sesión con estas preguntas:

- ▶▶ ¿Cómo evalúo el ejercicio que acabamos de hacer?
- ▶▶ ¿Qué me llevo de esta experiencia? (aprendizajes teóricos, sentimientos, lecciones aprendidas, intenciones o propósitos, etc.)



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, Rafael. "Perspectiva Teológica del perdón." En *El Perdón en la Vida Pública*, por G. Bilbao y otros, 199-233. Bilbao: Universidad de Deusto, 1999.
- Baena, Gustavo. *Fenomenología de la Revelación-Teología de la Biblia y Hermenéutica*. Estella: Editorial Verbo Divino, 2011.
- Granados, Juan Manuel. "La Reconciliación en la carta a los Efesios y en la carta a los Colosenses." En *Analecta Bíblica* 170 (2008).
- Granados, Juan Manuel. *La Teología de la Reconciliación en las Cartas de San Pablo*. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2016.
- Lederach, John Paul. *Construyendo paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Bilbao: Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 1998.
- Lederach, John Paul. *Reconcile - Conflict transformation for ordinary Christians*. Harrisonburg (VI): Herald Press, 2014.
- Schreiter, Robert. *El Ministerio de la Reconciliación*. Santander: Sal Terrae, 2000.

2 RECONCILIACIÓN Y SACRAMENTO



OBJETIVO

Aproximarnos a la dimensión sacramental de nuestra existencia, reconociendo la reconciliación como el sacramento que quiere restaurar nuestros vínculos: las relaciones con nosotros mismos, con los demás, con la comunidad, con Dios y con las búsquedas de sentido.



CONTEXTUALIZANDO EL TEMA

Sacramento como relación entre el ser humano, el mundo y un Otro (o unos otros)

Podemos considerar que el ser humano se relaciona con el mundo en tres niveles sucesivos:

1. En un primer nivel, el mundo le causa admiración y hasta temor. Siente el deseo de conocer, de experimentar, de vivir en el mundo.
2. Desde allí, se lanza al segundo nivel. Sustituye las sorpresas por las certezas. Investiga, experimenta, aprehende el mundo que lo rodea. Los hombres y las mujeres se van haciendo y van haciendo su mundo.
3. Cuando sucede esto último, la relación modifica ambos términos, ser humano y mundo; y las cosas del mundo ya no son meros objetos, sino que se tornan en signos, en símbolos del encuentro, del esfuerzo, de

la conquista, de la interioridad humana. Los objetos empiezan a hablar y a contar la historia de su relación con el hombre; se trasfiguran en sacramentos y, de este modo, el mundo humano, aún material y técnico, nunca es solo eso. Es simbólico, cargado de sentido.

Para comprender esta realidad, podemos buscar en YouTube el video titulado:



CGI Animated Short Film: "One small step" (Un pequeño paso)

Para profundizar en el vídeo, preguntamos:

- ▶ ¿Podemos identificar en la historia de la niña los tres niveles de relación entre hombre y mundo?
- ▶ ¿Qué objeto se tornó un sacramento para la niña?
- ▶ ¿Qué ocurre cuando se encuentra o se reconoce su objeto-sacramento?

A partir de nuestra experiencia, podemos preguntarnos:

- ▶ ¿Cómo podemos definir la noción de sacramento?
- ▶ Desde mi cotidiano vivir, ¿puedo identificar objetos, situaciones o recuerdos que son sacramentos?

Luego, abrimos un espacio para compartir nuestros sacramentos personales.

Si no disponemos de los medios necesarios para el recurso audiovisual, podemos compartir la siguiente anécdota que nos ofrece Leonardo Boff.

EL SACRAMENTO DEL JARRO ²³



Es un jarro de aluminio, de aquel aluminio antiguo, bueno y brillante. Tiene rota el asa, pero esto mismo le da cierto aire de vejez. En el bebieron los once hijos, desde pequeños hasta grandes porque acompañó a la familia en todas sus mudanzas: del campo a la aldea, de la aldea al pueblo, del pueblo a la ciudad... Hubo nacimientos y muertes y el jarro participó de todo, estuvo siempre al lado de todos. Permaneció en la continuidad del misterio de la vida, en la diferencia de situaciones vitales y mortales. Siempre brillante, siempre antiguo, porque sin duda lo era ya cuando entró a casa; viejo con esa vejez que es juventud porque genera y da la vida. El jarro de aluminio, pieza central de la cocina.

Todo lo que se bebe en el jarro es agua, pero es la fresca, la familiaridad, la dulzura, la historia familiar, la reminiscencia de la infancia, lo que sacia la sed. Puede ser cualquier clase de agua, en este jarro sabe siempre buena y fresca. Por eso, en casa todos calman la sed bebiendo de él y todos acompañan el gesto diciendo, como un rito: ¡Qué bueno es beber en este jarro, ¡cómo sabe el agua! Trátese del agua inmundada del río, o de la que se enturbia por el camino, o de la que viene cargada de cloro, gracias al jarro se torna buena, saludable, fresca y dulce.

Un hijo regresa, después de haber recorrido el mundo y de haber estudiado. Llega, besa a la madre, abraza a los hermanos, terminan las tristezas padecidas...

Pocas palabras, largas y minuciosas miradas; hay que “beberse” al otro para amarlo: los ojos que “beben” hablan el lenguaje del corazón. Sólo después de mirar largamente, la boca habla superficialidades: ¡Qué fuerte estás! ¡Qué hermoso me pareces! ¡Cómo has crecido! La mirada no dice nada de estas cosas, sino que habla lo inefable del amor: sólo la luz entiende.

“¡Mamá, tengo sed, quiero beber en el jarro!” El hijo ha probado tantas aguas. . . El “acqua de San Pellegrino”, las fuentes de Alemania, de Inglaterra, de Francia; el agua buena de Grecia, corrientes cristalinas de los Alpes del Tirol, de las fuentes romanas, agua de San Francisco, agua de Porto-Fino, de Persépolis, de Petrópolis. Tantas aguas. . . Pero ninguna como esta, de la que bebe un jarro lleno, no para calmar la sed del cuerpo -esto lo hacen las otras- sino la sed del arquetipo familiar, la sed de los penates paternos, la sed fraternal, arqueológica, la de las raíces de donde viene la savia de la vida humana. Esta sed sólo la sacia el agua del jarro de aluminio. Bebe sosegadamente, termina con un suspiro hondo, como quien se sumerge y vuelve a la superficie. Después bebe otro, lentamente, para degustar el misterio que el jarro contiene y significa.

¿Por qué el agua del jarro de aluminio es buena y dulce, saludable y fresca? Porque el jarro es un sacramento: el jarro-sacramento le confiere al agua bondad, dulzura, frescor y salud.



²³ Boff, *Los sacramentos de la vida y la vida de los sacramentos*, 17-18.



REFERENTE TEÓRICO

¿Qué es un sacramento?

Mucha gente hoy no sabe lo que es un sacramento. Es algo que todos siempre vivimos, pues lo cotidiano está pleno de ellos. Sobre la arqueología del día a día, crecen los sacramentos vivos, vividos, auténticos: el jarro de mi familia, la comida de mamá, la última colilla de cigarrillo dejado por papá (y que alguien guardó con cariño), la vieja mesa de trabajo, una gruesa vela de Navidad, el florero encima de la mesa, aquel trozo de montaña, el camino pedregoso, la antigua casa paterna, etc.

Todas esas cosas dejaron de ser cosas para convertirse en gente que habla y cuyo mensaje podemos oír. Poseen una interioridad y un corazón, se convirtieron en sacramento; en otras palabras, en signos que contienen, exhiben, rememoran, visualizan y comunican una realidad diferente, en ellos presente.

Todas las veces en que una realidad del mundo, sin dejar el mundo, evoca otra realidad diferente a ella, asume una función sacramental: deja de ser cosa para convertirse en un signo o en un símbolo. Todo signo es señal de alguna cosa o de un valor en relación con alguien. Así, mientras como cosa puede ser totalmente irrelevante, como signo puede adquirir una valoración inestimable y preciosa.

Sacramento de la reconciliación y reconciliación como sacramento

Para el cristianismo, en el sacramento de la reconciliación se concentra una profunda carga simbólica. Es un acto humano paradigmático, en donde expresiones verbales, gestuales y operacionales concentran y totalizan significativamente la reconciliación consigo mismo, con la comunidad y con Dios (con el Misterio). En el sacramento de la reconciliación se hace visible lo invisible, se hace experiencia el irrealizable deseo de cicatrizar las heridas.

La reconciliación sacramental es el culminante simbólico de la reconciliación existencial, el certificante comunitario de la reconciliación humano-divina. Sin la reconciliación sacramental faltaría el símbolo comunitario definitivo y universal para la experiencia de una reconciliación plena, en donde se coimplican, diferenciadamente, Dios, la comunidad, la persona y el mundo. Esta realidad nos señala la importancia simbólica de la experiencia ritual de la reconciliación, del espacio celebrativo en donde palabras y gestos hacen presente una historia herida que desea repararse y sanarse.

La estructura y el contenido del sacramento de la reconciliación tiene dos aspectos integrantes y constitutivos de la realidad para las comunidades cristianas. El principal es el contenido, a cuyo servicio se encuentra la forma o estructura. En lo que respecta al contenido del sacramento de la reconciliación, debemos decir que es un proceso de conversión (revisión y reconstrucción personal) que implica la reconciliación e impulsa el perdón. Este proceso supone siempre la intervención diferenciada de la persona, de la comunidad mediadora y de Dios misericordioso. Mientras la conversión apunta a la participación de la persona, la reconciliación se refiere a la mediación de los otros, de la comunidad. El perdón indica más la acción misericordiosa y gratuita de Dios, del Misterio, que se hace don. No obstante, el sacramento de la reconciliación es un proceso único, una totalidad integrada.

Esta reconciliación, mediada por la comunidad, reconoce su fundamento bíblico en numerosas referencias en San Pablo, referidos a la reconciliación con Dios (Rom 5,10; Col 1,20.22; Ef 2,16) y con los demás (1 Cor 7,11; 2 Cor 5,17-20).

Para los cristianos, el verdadero sujeto reconciliador es Dios, pero el verdadero agente de la reconciliación es Cristo (Rom 5,10ss; 2 Cor 5,19). Él es quien, con su encarnación, vida, muerte y resurrección, ha obrado la reconciliación definitiva (Col 1,19-22), que se ofrece permanentemente a los hombres como don, “dejaos reconciliar con Dios” (2 Cor 5,20), y como servicio, “nos confió el ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18)

Desde la perspectiva bíblica, la reconciliación sacramental consiste en unir lo separado, en cancelar la deuda, en conducir a la amistad desde la enemistad, en traer a la paz desde la ruptura. Se trata de un acto relacional e interpersonal donde el

centro se pone en la comunicación y el encuentro en una multilateralidad de relaciones que, teniendo por eje a Dios misericordioso y los hombres y las mujeres, implican la mediación de la comunidad y se extienden a la humanidad entera y a la misma realidad cósmica.

Este contenido para adquirir la plena realidad sacramental necesita concretarse en manifestaciones externas que lleguen a transparentar la esencia interpersonal y relacional de la reconciliación. Las comunidades cristianas a lo largo de la historia han sabido construir experiencias rituales o celebrativas para manifestar que la reconciliación es obra de Dios (palabra, absolución, oraciones). Indica también que la reconciliación es consigo mismo, aceptación de la propia realidad por la confesión, mediante la mediación humana, ministro y comunidad. Es reconciliación con la comunidad (absolución) y con los hermanos (satisfacción)²⁴ ●



²⁴ Ver Borobio, “El perdón sacramental de los pecados.”



PROPUESTA PEDAGÓGICA

La reconciliación se hace sacramento

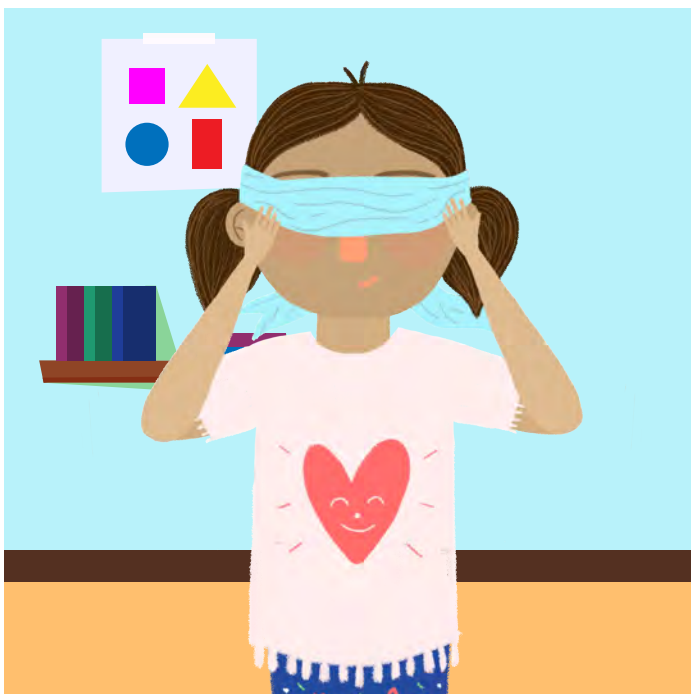
Vamos a responder juntos la siguiente pregunta:

► ¿Por qué la reconciliación es un sacramento?

Para ello, identificamos los elementos que permiten que ella sea un sacramento (desde el marco teórico propuesto): la reconciliación es una reconstrucción de las entrañas rotas, un volver a anudar nuestras relaciones.

Identificando mis heridas

Realizamos un trabajo de introspección en donde los y las participantes puedan identificar sus heridas. Volvemos a la infancia, a los momentos de amor, de apertura, de vida. Luego, miramos desde esa realidad, aquellos lugares en donde la vida se fue oscureciendo. Para ello, debemos comenzar la actividad en reposo y luego adquirir un movimiento suave, por ejemplo, caminar. Nos vamos a detener en los gestos que involucren nuestro cuerpo, sentidos y respiración. Desde esta actitud, haremos memoria de nuestra historia de heridas. Al cortar la música se encuentran con quien está más cerca y así se arman las parejas.



Ponerles rostro a mis heridas

Uno frente al otro, eligen quién va a iniciar con la actividad. El o la participante que comenzará se va a vendar los ojos, su pareja pondrá la mano sobre su hombro.

Luego, les invitamos a pensar en una persona concreta, en alguien con quien hayan tenido un conflicto, aquel que cueste tenerlo o tenerla cerca, aquel o aquella que les ha herido. Pensamos que esa persona ya no va a estar en este mundo, que se va para siempre, que ya toca decirle adiós. Imaginémosla y pensemos:

► ¿Qué sentimientos vienen a mi corazón?

► Si tengo que decirle adiós, si sé que ya no la volveré a ver ¿qué le digo? ¿qué sentimientos le expreso?

► Imagina que tu compañero o compañera es esa persona. Si te animas dile lo que sientes, comparte aquello que le dirías como si la tuvieras al frente. Luego, invita a la otra persona a tener un gesto de alivio, de comprensión, de contención.

En la dinámica de imaginación, vamos a pensar que nuestro compañero o compañera es esa persona que tanto daño nos hizo. Animémonos a que cada uno y cada una exprese lo que siente, que comparta toda su emotividad frente a esa persona.

Después de que esta persona haya terminado de hablar, su compañero o compañera asumirá el rol de hablar y pensar en esa persona que tanto daño le causó. Hacemos un intercambio de roles.

Símbolo de reconciliación, mi sacramento

Con el mismo compañero o compañera, ahora todos nos ubicamos frente a frente en una mesa. Nuevamente uno de ellos se vendará los ojos.

Quién tiene los ojos vendados, recibirá de su compañero o compañera un pedazo de arcilla. Este le dirá que allí le está entregando todas sus heridas, es decir, en

esa arcilla están todos sus dolores, problemas, dificultades. Los invitamos a sentir esas heridas, apretarlas, acariciarlas, amasarlas, hacerles fuerza o tratarlas con suavidad. Les indicamos a que piensen qué pueden hacer con ellas, qué pueden construir desde esas heridas.



En definitiva, se trata de moldear nuestras heridas, para iniciar un camino de reconciliación y luego hacerlas sacramento desde donde nuestra realidad se comience a transformar. Poder crear algo nuevo a partir de esas heridas, moldear la arcilla con aquella nueva imagen que puede salir de tus heridas, con aquella imagen-objeto que es sacramento de reconciliación. Sin mirar, sin racionalizar, solamente dejando que tus manos expresen tu interioridad.

El compañero o compañera contempla en silencio el trabajo, pues custodia y cuida su proceso. Luego, indicamos que el compañero o compañera que tiene los ojos vendados le cuenta a quién lo está acompañando qué está haciendo con sus heridas. Este compañero o compañera escuchará, podrá preguntar y dar alguna orientación.

Al terminar, cambiamos de rol: quien estaba acompañando se venda los ojos para iniciar el ejercicio y el otro acompañará su experiencia.



COMPROMISO

Antes de finalizar el encuentro, nos preguntamos:

- ▶ ¿Qué otros sacramentos-objetos descubro en mi cotidianidad?
- ▶ ¿Cómo puedo ayudar a otras personas a descubrir sus sacramentos de reconciliación?

Pensamos juntos una acción concreta para salir al encuentro de los demás.



EVALUACIÓN

Ponemos nuestro objetos-sacramentos de reconciliación en el centro. Todos los y las participantes nos sentaremos a su alrededor. Daremos unos minutos para contemplar esos sacramentos de reconciliación y, luego, invitamos a compartir:

- ▶ ¿Cómo me sentí durante la experiencia?
- ▶ ¿Qué es aquello que más me ha impactado?
- ▶ ¿Con qué sentimientos quedo al finalizar?
- ▶ ¿Qué me llevo de esta experiencia (aprendizajes teóricos, sentimientos, lecciones aprendidas, intenciones o propósitos)?



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boff, Leonardo. *Sacramentos de la vida y vida de los sacramentos*. Bogotá: Indoamericana Press, 1988.
- Borobio, D.: "El perdón sacramental de los pecados." En *CONCILIUM Reconciliación y perdón* 204 (1986): 279-298.
- Alboan. "La reconciliación, más allá de la justicia." En *Cristianisme i Justícia*, Cuadernos 122, (2003).

3 COMUNIDADES ECLESIALES RECONCILIADAS Y RECONCILIADORAS



OBJETIVO

Ayudar a entender por qué la Iglesia debe ser una comunidad de reconciliación y esperanza, es decir, compuesta de comunidades locales reconciliadas y capaces de impulsar dinámicas de reconciliación con otros, particularmente, con las víctimas y personas vulnerables.



CONTEXTUALIZANDO EL TEMA

Desarrollamos la dinámica 'tejiendo comunidad' para contextualizar el tema.

Para construir comunidad es necesario tejer relaciones. Las comunidades reconciliadas y reconciliadoras son espacios donde las relaciones se pueden tejer en libertad. Por ello, nuestro punto de partida será visibilizar esta relacionalidad que se teje en nuestras comunidades.

Ubicamos a los y las participantes en un círculo alrededor de los materiales: lanas de diferentes colores y palitos de brochetas o pinchos. Cada uno y cada una escogerá un color de lana y tomará dos palitos para comenzar a tejer su mandala. Para lograr un buen ejercicio, en YouTube encontramos tutoriales para tejer mandalas.

Uno de los videos que recomendamos se titula:



Cómo hacer un mándala con lana



La actividad consistirá en ir tejiendo el mandala mientras vamos conversando, así vamos tejiendo relaciones. Para esto, debemos preparar estaciones con sillas enfrentadas. Al llegar a cada estación, cada uno de los y las participantes le entregará su color a otra persona. Los colores de su compañero o compañera serán los que pintarán a cada mandala. La conversación constituirá la trama. Luego de un tiempo, quién esté sentado o sentada a la derecha girará un puesto en sentido horario y se preguntará:



Primera estación

- ▶ ¿Cuáles son mis principales cualidades?
- ▶ ¿Qué es eso que más me caracteriza?



Segunda estación

- ▶ ¿Cuáles son mis mayores limitaciones?



Tercera estación

En este último tiempo,

- ▶ ¿Qué me ha costado más en mi familia, en mi trabajo y en mi comunidad de referencia?



Cuarta estación

- ▶ ¿Cuál ha sido el momento más feliz de este último tiempo?



Quinta estación

- ▶ ¿Qué puedo decir de ti?
- ▶ ¿Qué valoro de la persona que tengo en frente?

Al finalizar el recorrido por las diferentes estaciones, volvemos a conformar el círculo inicial. Cada participante mostrará su mandala y brevemente comentará que le ha dejado la actividad. Las siguientes preguntas pueden guiar la reflexión:

- ▶ ¿Cómo se sintió?
- ▶ ¿Qué aspectos quedaron resonando de lo escuchado y compartido?
- ▶ ¿Qué novedad ha descubierto de sus compañeros o compañeras de comunidad?



REFERENTE TEÓRICO

Todos los creyentes en Jesucristo son invitados desde su fe, de una manera profunda, a promover la reconciliación, el perdón y la paz; a hacerlas una realidad viva en ellos y en ellas mismas, en los demás creyentes, en las comunidades eclesiales, sean grupos parroquiales o grupos apostólicos, y en la sociedad en su conjunto.

La Iglesia necesita ser, en sus distintas instancias y comunidades, una iglesia reconciliada, es decir, una igle-

sia capaz de asumir sus fragilidades y limitaciones, de reconocer y confesar sus propias insuficiencias, pues solo así está en condiciones de abrirse a la fuerza de Dios que se manifiesta en lo débil (1 Cor 1, 22-31). Por tanto, las comunidades eclesiales deben ser espacios de reconciliación y mutuo perdón. Cuando la iglesia avanza por la senda de ser una comunidad reconciliada, puede ser, a la vez, una comunidad reconciliadora.

En otras palabras, puede ser una comunidad eclesial (ministros ordenados, laicos y laicas con diversos servicios) que puede anunciar con honestidad y transparencia la “palabra de la reconciliación” (2 Cor 5,19) que nos ha sido confiada.

Por ello, la Iglesia debe poner en funcionamiento al menos cuatro recursos que tiene a la mano como aporte a los procesos de reconciliación y perdón.²⁵



El primer elemento es **anunciar el mensaje de reconciliación** de la que es portadora.



El segundo, **animar la oración por la reconciliación**, afianzando una espiritualidad que lleve a un compromiso con procesos de perdón, reconciliación y construcción de paz.



El tercero es **desplegar el poder reconciliador** de sus ritos, liturgia y símbolos, los cuales pueden suscitar dinámicas de reconciliación y perdón en los creyentes.



El cuarto es **contribuir a la sanación de las víctimas**. Esta tarea la hace de manera privilegiada a través de las comunidades de reconciliación.

²⁵ Uriarte, *La Reconciliación*, 79-101.

Ahora bien, consideremos lo que implican estos recursos al alcance de la Iglesia en su tarea reconciliadora.

1. Anunciar el mensaje completo de la reconciliación y el perdón:

Como Iglesia debemos comprender la reconciliación y el perdón desde la Biblia, para poder arraigar su “palabra de reconciliación” en la fuerza que recibe de Jesús resucitado. La reconciliación es obra del mismo Dios, resultado de su acción en nosotros: “Todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación” (2 Cor 5,18), es decir, Dios nos hace seres capaces de salir de sí mismos y ponernos en función de servir a los demás, sobre todo a los más vulnerables. Dios nos reconcilia con Él al ponernos en la misma lógica del actuar de Jesucristo, quien incondicionalmente se entrega con misericordia y ternura al servicio de los demás.

Cuando nos dejamos alinear con Jesucristo, descubrimos, en lo más profundo de nuestro ser, ese deseo y llamado a ser agentes de sanación y reconciliación, como el buen samaritano (Lc 10, 25-37) en las situaciones más conflictivas; también donde las dinámicas sociales y políticas han roto las relaciones y las personas, produciendo muertos, heridos y desplazados a la vera del camino.

Ahora bien,

*Dios inicia la obra de la reconciliación en las vidas de las víctimas [...] que Dios comience su obra por las víctimas, y no por los agresores, está en perfecto acuerdo con la forma que Dios tiene de actuar en la historia: Dios toma partido por los pobres, por las viudas y los huérfanos, por los oprimidos y los encarcelados. Es con la víctima definitiva, es decir, con su propio Hijo, donde Dios comienza el proceso que ha de conducir a la reconciliación de todo en Cristo (Col 1,20)*²⁶

A su vez, el perdón nace de la experiencia de la gratuidad de Dios que nos transforma. Esto nos lleva a reconocer la centralidad de la cruz en nuestra experiencia de fe ya que “el poder de perdonar procede, en última instancia, de Dios mismo. Es el poder de la cruz, un poder que brota de la vulnerabilidad del amor”.²⁷



2. Promover una oración y una espiritualidad por la reconciliación:

La reconciliación demanda, en nuestra experiencia personal y eclesial, una espiritualidad que conecte nuestros esfuerzos con la fuente de vida y sentido que alimentan nuestra fe. Esto nos pone ante la necesidad de ahondar en nuestra espiritualidad como condición de poder ser promotores de paz, perdón y reconciliación. Como bien lo dice Alejandro Angulo, S.J., “la paz es un problema de relaciones humanas. Las relaciones humanas son un problema de emocionalidad. La emocionalidad oscila entre el amor y el odio”.²⁸

²⁶ Schreiter, *El ministerio de la Reconciliación – Espiritualidad y estrategias*, 30-31.

²⁷ *Ibíd.*, 92.

²⁸ Angulo, “*Espiritualidad y construcción de paz*”, 47-53.

Por tanto, si queremos construir paz, es decir, mantener la emocionalidad del lado del amor, no tenemos otra alternativa que recurrir a la capacidad del ser humano de transformar sus odios en amores. Esto es la espiritualidad. “Solamente la espiritualidad puede prevenir y evitar la venganza”²⁹. Por tanto, no podemos avanzar hacia la reconciliación, el perdón y la paz; si no suscitamos entre nosotros, en la población en general, una profunda experiencia espiritual que permita que se desate la dinámica del amor misericordioso de Dios. Estamos invitados a orar con insistencia y profundidad para que el Señor nos regale el don de la reconciliación y el perdón.

La espiritualidad y el ministerio de la reconciliación que se viven en comunidades de reconciliación requieren de una particular experiencia de Iglesia, pues nos plantea el reto de una experiencia eclesial creíble para poder promover eficazmente dinámicas de perdón, reconciliación y paz. Dicha legitimidad para promover la reconciliación, el perdón y la paz nace de haber acompañado y animado a las víctimas de la violencia desde la experiencia del encuentro con la víctima fundamento de nuestra fe: Jesucristo muerto y resucitado. Hacerlo de la manera como lo hizo el mismo Resucitado con sus discípulos, después de la resurrección. Desde la perspectiva de la resurrección,

*El sufrimiento de las víctimas no queda anulado y olvidado en el proceso de reconciliación [...] El sufrimiento no se olvida, pero su recuerdo queda transformado; se trata de recordarlo de manera distinta, para que así, insertado en la historia de sufrimiento y muerte del propio Jesús, pueda convertirse en fuente de vida para otros. Las víctimas, como también ocurre a Jesús, siempre llevarán sus heridas consigo. Pero ahora esas heridas, al tiempo que dan testimonio de lo que la víctima ha padecido, pueden sanar y dar vida a otras personas*³⁰.

3.

Desplegar el poder reconciliador de sus ritos, liturgia y símbolos:

Es importante que la Iglesia pueda desplegar el poder de sus ritos a favor de los procesos de reconciliación, de manera que se susciten dinámicas de reconciliación y perdón en los y las creyentes. “Los ritos adquieren una importancia extrema a la hora de abordar los diferentes estadios del proceso de reconciliación, ya que su virtualidad representativa los capacita para dar expresión a aquello para lo que no tenemos palabras”³¹.

Entre esos ritos están el enterrar dignamente a las víctimas mortales de la violencia, purificar los sitios donde se dieron hechos significativos de violencia, la reconciliación penitencial, (no solo individual, también vivida en esquemas de penitencia pública), la celebración de la eucaristía como experiencia de compartir el cuerpo y la sangre de Jesús víctima (en el que confluyen todas las víctimas), el recurso a las ricas imágenes que encontramos en el NT que nos invitan a la reconciliación, comenzando por la Cruz del Señor.

Debemos fomentar que el dolor y sufrimiento de las víctimas encuentre en los ritos de la iglesia la fuerza sanadora y vivificadora que se despliega en la resurrección del Señor.

4.

Desplegar el poder reconciliador de sus ritos, liturgia y símbolos:

Contribuir a la sanación de las víctimas: los y las creyentes estamos invitados todos y todas a ejercer el ministerio de la reconciliación, apoyando la sanación de las heridas de las víctimas. Quienes han sido reconciliados y perdonados en Cristo son “embajadores Cristo” (2 Cor 5, 20), han sido habilitados para acoger y acompañar a otros por el mismo camino de reconciliación³². Esto se hace de manera privilegiada creando comunidades de reconciliación que se caracterizan por ser:

- ▶ Comunidades seguras y protectoras que brindan espacios de seguridad donde las víctimas pueden examinar y explorar sus heridas sin peligro y sin volver a ser victimizadas.
- ▶ Comunidades de memoria donde las víctimas pueden recobrar un recuerdo que libera del sufrimiento pasado y abre las puertas para mirar el futuro sin la carga paralizante de la victimización vivida.
- ▶ Comunidades de esperanza donde las víctimas pueden volver a soñar con un futuro mejor y más justo, con una convivencia donde el peso de los abusos sufridos ha quedado atrás y se cuenta con un proyecto de vida lleno de sentido y dignidad. ●

²⁹ Ibid.
³⁰ Schreiter, *El ministerio de la Reconciliación – Espiritualidad y estrategias*, 139.

³¹ Schreiter, *Violencia y Reconciliación*, 110.

³² Granados. *La Teología de la Reconciliación en las cartas de San Pablo*.



PROPUESTA PEDAGÓGICA³³

Primer Momento

Solicitamos a los y las participantes que hagan un círculo. Una vez organizados, los invitamos a caminar por el espacio durante algunos segundos y a hacer conciencia de la respiración. El facilitador o facilitadora ayudará a reconocer la memoria herida de los participantes. Mientras van caminando, realizamos una dinámica de introspección para focalizar la historia de las heridas personales con las siguientes preguntas:

- ▶ ¿Cuáles han sido esos momentos de dolor, desasosiego, oscuridad, desesperanza?
- ▶ ¿Qué personas, qué rostros están relacionados con mi historia de dolor?

▶ Teniendo presente aquella situación de conflicto y dolor en nuestra historia de vida, recordemos los sentimientos y la sensación corporal que les generó esa situación. Cuando cada uno y cada una tenga identificado aquellos sentimientos y emociones, les entregamos lápiz y papel para que escriban de manera poética aquello que vivieron. Pueden hacer una canción, un poema, un verso, una carta, una lista de palabras, etc. No es necesario contar la historia, tampoco se deben poner nombres, será una composición anónima. Lo importante es que puedan expresar en el escrito el dolor que sintieron. Damos un tiempo suficiente para realizar el ejercicio. Podemos poner música de fondo.

▶ Una vez terminado el escrito, invitamos a leerlo detenidamente y en silencio, haciendo el esfuerzo para sentir las palabras de cada uno y cada una. Luego, tendremos preparado un recipiente con diferentes citas bíblicas como las siguientes:

“Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18, 21-22).

“Amen a vuestros enemigos, hagan el bien a los que los odien, bendecid a los que los maldigan, rueguen por los que los difaman” (Lc 6, 27-28).

Les dice Jesús a sus discípulos: “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6,36).

Así dice el Señor: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso... Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11,28-30).

“Si contra tu amigo has abierto la boca, no te inquietes, que aún cabe reconciliación” (Ecle 22,22).

Jesús practicó sin dudas el perdón acercándose y siendo “amigo de publicanos y pecadores” (Mt. 11, 19). Come y comparte con ellos/as y siente que Él no vino “a llamar justos sino pecadores” (Mt 9,13).

“Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja la ofrenda allí delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelves y presentas tu ofrenda” (Mt 5,23-24).

“Porque es Dios el que estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, no teniendo en cuenta los pecados de los hombres, y confiándonos la palabra de la reconciliación” (2 Cor 5, 18).

“Porque Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo, destruyendo el muro de enemistad que los separaba. Él ha reconciliado a los dos pueblos con Dios uniéndolos en un solo cuerpo por medio de la cruz y destruyendo la enemistad” (Ef 2, 15-16).

Jesús en la cruz perdona a sus verdugos: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34)

³³ Adaptación actividad Colores de Memoria, en Estrategia de acompañamiento psicosocial para el fomento de la reconciliación Decido ser.

Cada participante tomará una cita bíblica, la leerá pausadamente, sintiendo que aquella es la Palabra de Dios pronunciada ante su dolor.



Foto: cathopic.com

Segundo Momento

Cada participante dejará su escrito en el centro del lugar. Les pedimos que tomen uno diferente al suyo. Luego, regresarán y leerán mentalmente lo que uno de sus compañeros o compañeras escribió. Les indicamos que esta lectura debe ser atenta y de concentración, pues lo que pretende es que traten de sentir el dolor del otro.

Después, les entregamos una cartulina y se tendrán a disposición témperas, lápices de colores, marcadores, etc. Allí, cada participante pintará una respuesta ante ese dolor. Creativamente, construirán una imagen que responda a los sentimientos que les generó el escrito que leyó.

Finalizado el tiempo de pintar con las temperas, todos los y las participantes volverán a conformar el círculo inicial.

Cada uno y cada una compartirá las sensaciones que experimentó al encontrarse con el dolor de otra persona y narrará que respuesta quiere dar a ese dolor con la imagen que elaboró. Iremos colocando los textos y las imágenes en el centro. Luego de escucharnos, cada uno y cada una de los participantes tomará su texto y la respuesta que el compañero o compañera ha plasmado con el dibujo.





Cierre

Cuando cada participante haya reconocido la autoría de los textos frente a la comunidad, realizamos un último compartir a partir de las siguientes preguntas:

- ▶ ¿Cómo se sintieron al confiarle su dolor/sus heridas a otras personas?
- ▶ ¿Cómo se sintieron siendo interpretados por otras personas?
- ▶ ¿Hay dolores compartidos? ¿narrativas similares?
- ▶ ¿Para qué me sirvió lo que otras personas hicieron con mi escrito?



COMPROMISO

Como comunidad, nos preguntamos:

- ▶ ¿Qué compromiso concreto podemos asumir para llevar “una palabra de reconciliación” a otras personas?
- ▶ ¿Qué acción conjunta podemos crear para ayudar a otros a sanar sus heridas?



EVALUACIÓN

- ▶ ¿Qué me llevo de esta experiencia?
- ▶ ¿Qué aprendizajes puedo vislumbrar?
- ▶ ¿Considero qué es posible construir comunidades reconciliadas y reconciliadoras? (comentarios, sugerencias y valoraciones de la experiencia compartida)



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Angulo, Alejandro. “Espiritualidad y Construcción de Paz.” En *Reconciliación–Perspectivas y aportes conceptuales para su comprensión*. Bogotá: CINEP/PPP / Berghof Foundation / SJR-Colombia.
- Granados, Juan Manuel. *La Teología de la Reconciliación en las Cartas de San Pablo*. Estella (Navarra): Editorial Verbo Divino, 2016.
- Schreiter, Robert. *Violencia y Reconciliación*. Santander: Editorial Sal Terrae, 1998.
- Schreiter, Robert. *El Ministerio de la Reconciliación – Espiritualidad y estrategias*. Santander: Editorial Sal Terrae, 2000.
- Uriarte, Juan María. *La Reconciliación*. Santander: Editorial Sal Terrae, 2013.

“ Cuando la iglesia
avanza por la senda
de ser una comunidad
reconciliada, puede ser,
a la vez, una comunidad
reconciliadora. ”



4 RECONCILIACIÓN COMO LUGAR DE ENCUENTRO ECUMÉNICO E INTERRELIGIOSO



OBJETIVO

Reconocer cómo la experiencia religiosa es lugar de encuentro, reconstruye comunidades afectadas por el conflicto y, a su vez, es la manera de resistir (prevenir) nuevos episodios de violencia.



CONTEXUALIZANDO EL TEMA

Buscamos resaltar el papel que juega la religión frente al fenómeno de violencia, directamente, ligada a una ética de servicio y amor predicada por la mayoría de los grupos religiosos. Es verdad que en otras épocas, actores y causas religiosas contribuyeron a alimentar este fenómeno. Sin embargo, se han evidenciado prácticas y actitudes de resistencia que merecen ser rescatadas por su valor pedagógico en la búsqueda de la paz y la reconciliación. Nos proponemos, entonces, escuchar con atención a los otros y otras y entablar diálogo con ellos sobre aquello que propicia la paz y reconciliación con otras tradiciones religiosas y espirituales y así tender puentes que unan a individuos y comunidades de buena voluntad.

Para ello, proponemos la siguiente actividad:

- ▶ Sentados y sentadas en círculo recordamos experiencias destructivas, negativas, de tensión, división, de heridas con relación a las experiencias espirituales y religiosas.
- ▶ Encendido un cirio, cada uno y cada una conectado con su 'fuente de vida', va recordando qué experiencias de fe han sido reconciliadoras a nivel personal, a nivel interpersonal y comunitario, las va escribiendo y agradeciendo.
- ▶ Puestos estos escritos en el centro, contemplamos de qué modo nuestra experiencia espiritual y religiosa es condición de posibilidad de la reconciliación comunitaria.





REFERENTE TEÓRICO

Caminar hacia la reconciliación desde los diferentes horizontes de fe

La reconciliación, de acuerdo John Paul Lederach, puede ser entendida como lugar de encuentro de los actores y energías de la confrontación, como dinámica de resiliencia y resistencia de las víctimas. “La reconciliación ha de invitar a la búsqueda de un encuentro donde las personas puedan replantearse sus relaciones y compartir sus percepciones, sentimientos y experiencias, con el fin de crear nuevas percepciones y una nueva experiencia compartida”³⁴. Este encuentro crea un espacio social donde la verdad y el perdón están validados y unidos, y no separados y fragmentados.

Por otro lado, vemos que las religiones son expresión o respuesta de los seres humanos a la trascendencia que se les muestra como Misterio, como eso otro que da soporte y sentido. Una religión que trate a Dios como objeto y al hombre como un medio; para fines económicos, ideológicos y manipulación enfermiza de conciencias por quien lidera, difícilmente aporta a la paz y la reconciliación. De este modo, el diálogo religioso es el espacio en el cual las personas, enraizadas en sus propias tradiciones religiosas, comparten sus riquezas espirituales. Por ejemplo, en lo que se refiere a la oración y la contemplación, la fe y las vías de búsqueda de Dios y del Absoluto, el abordaje de las adversidades en la vida (dolor, enfermedad, violencia) y la construcción de una sana convivencia para todos. Es el punto en común, la puerta de entrada de la fraternidad, el encuentro y la reconciliación.



Distinción entre diálogo interreligioso y ecuménico

I. El diálogo interreligioso busca el conocimiento mutuo, a partir del conocimiento de la propia fe, conociendo las otras religiones: por qué creen lo que creen, su doctrina, sus costumbres, su riqueza cultural, con los valores del respeto y la honestidad como base. Busca la paz y la comunión en la diversidad. Muchos conflictos en la historia han ocurrido por el mal entendimiento, por la incompreensión, por intolerancia. Asimismo, el mutuo entendimiento quiere encontrar todo aquello que tenemos en común, valores, principios éticos, que nos ayuden no solo a entendernos, también a convivir en armonía y en paz, desde nuestras diferencias religiosas.

II. El diálogo ecuménico es el movimiento a favor del conocimiento de los puntos en común entre los cristianos, entiéndase, los católicos, los ortodoxos, los anglicanos, las iglesias de la reforma protestante y pentecostales. Es un movimiento a favor del diálogo, de analizar las diferencias y encontrar soluciones. Es un diálogo de honestidad, de respeto y de humildad.

En este escenario, la reconciliación, en su relación con las experiencias espirituales y religiosas, puede favorecer el diálogo mutuo a favor de las comunidades que han sido afectadas por hechos violentos, proporciona un punto de encuentro para la verdad y la misericordia y reconoce la necesidad de dar tiempo y espacio a la justicia y la paz (enunciaba en el Salmo 85), para construir una relación renovada que enmiende los daños y traiga la sanción personal y social. “La sanación social representa la capacidad de las comunidades y sus respectivos individuos para sobrevivir, localizar su voz y con flexibilidad innovar los espacios de interacción que nutren las conversaciones significativas y las acciones decididas en medio y después de una creciente violencia estructural”³⁵.

³⁴ Lederach, *Construyendo Paz – Reconciliación sostenible en sociedades divididas*, 59.

³⁵ Lederach & Lederach. *When Blood and Bones Cry Out – Journeys through the Soundscape of Healing and Reconciliation*. 208



PROPUESTA PEDAGÓGICA

Distribuimos a los y las participantes en tres grupos para ver, simultáneamente, las siguientes experiencias en Youtube:



Bojayá **Guerra sin límites**

El 2 de mayo de 2002, 80 personas murieron (entre ellos 48 menores), luego de que guerrilleros de las FARC-EP lanzaran un cilindro bomba contra la iglesia de Bellavista (Bojayá). Esto durante un enfrentamiento con paramilitares de las AUC.



El Garzal **Una comunidad que resiste desde la fe**

El Garzal es un corregimiento que pertenece al municipio de Simití, sur del departamento de Bolívar y comprende unas 25.000 hectáreas. Su comunidad se organizó en torno a la fe y la no violencia para alejar a los violentos de su territorio, iniciativa que los llevó con éxito a la construcción de una cultura de paz.

Buscamos en YouTube el video titulado:



Programa de Desarrollo y Paz de Los Montes de María.³⁶

El Programa de Desarrollo y Paz de Los Montes de María (PDP) ha tenido el mayor liderazgo en la recuperación del tejido social de esta región. Recoge la apuesta de las Iglesias presentes en la región, de los sectores sociales y de algunas empresas privadas que se han constituido en sectores muy activos de la sociedad.

Desde su labor espiritual y religiosa, la Arquidiócesis de Cartagena, las Diócesis de Sincelejo y Magangué y la Iglesia Menonita han ofrecido acompañamiento a las comunidades afectadas por la violencia y han contribuido a reconstruir la actividad de las organizaciones sociales y estimular valores de convivencia. Desde 2003 lideran, junto con otros sectores sociales, el surgimiento de un espacio organizativo que acompaña procesos de desarrollo y paz: la Fundación Red de Desarrollo y Paz de Los Montes de María, que hoy implementa el Programa de Desarrollo y Paz para la región, ejecutado en conjunto con numerosas organizaciones nacionales e internacionales.

El PDP ha funcionado como una instancia operativa y técnica, así como un espacio deliberativo y de concertación para la construcción de paz en la región. Es decir, con la mirada puesta en la transformación de las causas del conflicto. Por eso, ha enfocado sus princi-

³⁶ Tomado de área de paz, desarrollo y reconciliación PNUD. *Los Montes de María: Análisis de la conflictividad*, junio de 2010.

pales esfuerzos en promover el sentido de región, fortalecer el tejido social, fomentar el desarrollo humano y la gobernabilidad. Así, la consolidación de organizaciones, redes y asociaciones es una estrategia central del Programa para impulsar procesos concertados en la perspectiva de generar cambios e impacto social.

Entre sus principales logros se reconoce el de haber devuelto a antiguos líderes y lideresas la confianza para seguir impulsando las iniciativas de sus movimientos sociales, por lo que desde el PDP se ha producido una importante dinámica de restauración y fortalecimiento de las organizaciones. Asimismo, el Programa se ha convertido en sombrilla que blinda los procesos sociales en el territorio, los posiciona y los respalda.

El Programa enfrenta retos importantes en su aspiración de transformar la situación de gobernabilidad y de desarrollo. El PDP necesita multiplicar sus esfuerzos para lograr la incidencia de las organizaciones sociales, denunciar y hacer visibles las circunstancias de vulnerabilidad y la violación a los derechos humanos, así como transformar los proyectos productivos en alternativas de desarrollo para la región.

Es así como el Programa de Desarrollo y Paz ha sido el principal promotor del “pequeño renacer” que experimentan las organizaciones sociales de la región. Sin embargo, las transformaciones que estas lograron entre los años 70 y 80, para la equidad y la construcción de un orden social más justo y con grandes posibilidades para el desarrollo de todos, aún se ven como un escenario difícil de recuperar. Las organizaciones trabajan llenas de vigor y convicción, y hay una movilización importante, pero las puertas de la institucionalidad aún tienen fuerte resistencia hacia ellas.

Una vez conocidas las experiencias, les indicamos a los y las participantes que identifiquen cómo Dios y su fe les han permitido prevenir, resistir y hacer frente a las dinámicas de extrema violencia que irrumpen en su cotidiano vivir. Para ello, planteamos las siguientes preguntas:

- ▶ ¿Qué elementos comunes identificamos en las tres experiencias anteriores?
- ▶ ¿Conocemos experiencias similares?
- ▶ ¿Cómo favorecen las experiencias religiosas y espirituales la sanación de heridas personales y comunitarias?

Inmediatamente después, escribimos las respuestas en un papel kraft.



COMPROMISO

Antes de finalizar la sesión, los y las participantes, nos preguntamos:

- ▶ ¿Cómo avanzar en el diálogo para que las diversas experiencias religiosas y espirituales contribuyan a la paz y la reconciliación?
- ▶ ¿Qué actitudes y gestos aportan a esta construcción?
- ▶ ¿A qué me comprometen?



EVALUACIÓN

Finalmente, analizamos el encuentro con las siguientes preguntas:

- ▶ ¿Qué siento? ¿a qué me lleva?

Compartimos los aprendizajes de esta herramienta.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lederach, John Paul. *Construyendo paz. Reconciliación sostenible en sociedades divididas*. Bilbao: Bakeaz/Gernika Gogoratuz, 1998.
- Lederach, John Paul y Lederach, Angela. *When Blood and Bones Cry Out – Journeys through the Soundscape of Healing and Reconciliation*. Oxford/N.Y.: Oxford University Press. 2011.
- PNUD. *Los montes de María: Análisis de la conflictividad*. ASDI, 2010.

5 ANEXOS

5.1. Gran encuentro de oración por la reconciliación nacional (Papa Francisco)

Queridos hermanos y hermanas:

Desde el primer día deseaba que llegara este momento de nuestro encuentro. Ustedes llevan en su corazón y en su carne huellas, las huellas de la historia viva y reciente de su pueblo, marcada por eventos trágicos, pero también llena de gestos heroicos, de gran humanidad y de alto valor espiritual de fe y esperanza. Los hemos escuchado. Vengo aquí con respeto y con una conciencia clara de estar, como Moisés, pisando un terreno sagrado (cf. Ex 3,5). Una tierra regada con la sangre de miles de víctimas inocentes y el dolor desgarrador de sus familiares y conocidos. Heridas que cuesta cicatrizar y que nos duelen a todos, porque cada violencia cometida contra un ser humano es una herida en la carne de la humanidad; cada muerte violenta nos disminuye como personas.

Y estoy aquí no tanto para hablar yo sino para estar cerca de ustedes, mirarlos a los ojos, para escucharlos, abrir mi corazón a vuestro testimonio de vida y de fe. Y si me lo permiten, desearía también abrazarlos y, si Dios me da la gracia, porque es una gracia, quisiera llorar con ustedes, quisiera que recemos juntos y que nos perdonemos —yo también tengo que pedir perdón— y que así, todos juntos, podamos mirar y caminar hacia delante con fe y esperanza.

Nos reunimos a los pies del Crucificado de Bojayá, que el 2 de mayo de 2002 presenció y sufrió la masacre de decenas de personas refugiadas en su iglesia. Esta imagen tiene un fuerte valor simbólico y espiritual. Al mirarla contemplamos no sólo lo que ocurrió aquel

día, sino también tanto dolor, tanta muerte, tantas vidas rotas, tanta sangre derramada en la Colombia de los últimos decenios. Ver a Cristo así, mutilado y herido, nos interpela. Ya no tiene brazos y su cuerpo ya no está, pero conserva su rostro y con él nos mira y nos ama. Cristo roto y amputado, para nosotros es «más Cristo» aún, porque nos muestra una vez más que Él vino para sufrir por su pueblo y con su pueblo; y para enseñarnos también que el odio no tiene la última palabra, que el amor es más fuerte que la muerte y la violencia. Nos enseña a transformar el dolor en fuente de vida y resurrección, para que junto a Él y con Él aprendamos la fuerza del perdón, la grandeza del amor.

Gracias a ustedes cuatro, hermanos nuestros que quisieron compartir su testimonio, en nombre de tantos y tantos otros. ¡Cuánto bien, parece egoísta, pero cuánto bien nos hace escuchar sus historias! Estoy conmovido. Son historias de sufrimiento y amargura, pero también y, sobre todo, son historias de amor y perdón que nos hablan de vida y esperanza; de no dejar que el odio, la venganza o el dolor se apoderen de nuestro corazón.

El oráculo final del Salmo 85: «El amor y la verdad se encontrarán, la justicia y la paz se abrazarán» (v.11), es posterior a la acción de gracias y a la súplica donde se le pide a Dios: ¡Restáuranos! Gracias Señor por el testimonio de los que han infligido dolor y piden perdón; los que han sufrido injustamente y perdonan. Eso sólo es posible con tu ayuda y con tu presencia. Eso ya es un signo enorme de que quieres restaurar la

paz y la concordia en esta tierra colombiana.

Pastora Mira, tú lo has dicho muy bien: Quieres poner todo tu dolor, y el de miles de víctimas, a los pies de Jesús Crucificado, para que se una al de Él y así sea transformado en bendición y capacidad de perdón para romper el ciclo de violencia que ha imperado en Colombia. Y tienes razón: la violencia engendra violencia, el odio engendra más odio, y la muerte más muerte. Tenemos que romper esa cadena que se presenta como ineludible, y eso sólo es posible con el perdón y la reconciliación concreta. Y tú, querida Pastora, y tantos otros como tú, nos han demostrado que esto es posible. Con la ayuda de Cristo, de Cristo vivo en medio de la comunidad es posible vencer el odio, es posible vencer la muerte, es posible comenzar de nuevo y alumbrar una Colombia nueva. Gracias, Pastora, qué gran bien nos haces hoy a todos con el testimonio de tu vida. Es el crucificado de Bojayá quien te ha dado esa fuerza para perdonar y para amar, y para ayudarte a ver en la camisa que tu hija Sandra Paola regaló a tu hijo Jorge Aníbal, no sólo el recuerdo de sus muertes, sino la esperanza de que la paz triunfe definitivamente en Colombia. ¡Gracias, gracias!

Nos conmueve también lo que ha dicho Luz Dary en su testimonio: que las heridas del corazón son más profundas y difíciles de curar que las del cuerpo. Así es. Y lo que es más importante, te has dado cuenta de que no se puede vivir del rencor, de que sólo el amor libera y construye. Y de esta manera comenzaste a sanar también las heridas de otras víctimas, a reconstruir su dignidad. Este salir de ti misma te ha enriquecido, te ha ayudado a mirar hacia delante, a encontrar paz y serenidad y además un motivo para seguir caminando. Te agradezco la muleta que ofreces. Aunque aún te quedan heridas, te quedan secuelas físicas de tus heridas, tu andar espiritual es rápido y firme. Ese andar espiritual no necesita violen... [ndr. muletas]. Y es rápido y firme porque piensas en los demás -¡gracias!- y quieres ayudarles. Esta muleta tuya es un símbolo de esa otra muleta más importante, y que todos necesitamos, que es el amor y el perdón. Con tu amor y tu perdón estás ayudando a tantas personas a caminar en la vida, y a caminar rápidamente como tú. Gracias.

Quiero agradecer también el testimonio elocuente de Deisy y Juan Carlos. Nos hicieron comprender que todos, al final, de un modo u otro, también somos víctimas, inocentes o culpables, pero todas víctimas. Los

de un lado y los de otro, todas víctimas. Todos unidos en esa pérdida de humanidad que supone la violencia y la muerte. Deisy lo ha dicho claro: comprendiste que tú misma habías sido una víctima y tenías necesidad de que se te concediera una oportunidad. Cuando lo dijiste, esa palabra me resonó en el corazón. Y comenzaste a estudiar, y ahora trabajas para ayudar a las víctimas y para que los jóvenes no caigan en las redes de la violencia y de la droga, que es otra forma de violencia. También hay esperanza para quien hizo el mal; no todo está perdido. Jesús vino para eso: hay esperanza para quien hizo el mal. Es cierto que en esa regeneración moral y espiritual del victimario la justicia tiene que cumplirse. Como ha dicho Deisy, se debe contribuir positivamente a sanar esa sociedad que ha sido lacerada por la violencia.

Resulta difícil aceptar el cambio de quienes apelaron a la violencia cruel para promover sus fines, para proteger negocios ilícitos y enriquecerse o para, engañosamente, creer estar defendiendo la vida de sus hermanos. Ciertamente es un reto para cada uno y cada una de nosotros confiar en que se pueda *dar un paso adelante* por parte de aquellos que infligieron sufrimiento a comunidades y a un país entero.

Es cierto que en este enorme campo que es Colombia todavía hay espacio para la cizaña. No nos engañemos. Ustedes estén atentos a los frutos, cuiden el trigo, no pierdan la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24). Aun cuando perduren conflictos, violencia o sentimientos de venganza, no impidamos que la justicia y la misericordia se encuentren en un abrazo que asuma la historia de dolor de Colombia. Sanemos aquel dolor y acojamos a todo ser humano que cometió delitos, los reconoce, se arrepiente y se compromete a reparar, contribuyendo a la construcción del orden nuevo donde brille la justicia y la paz.

Como ha dejado entrever en su testimonio Juan Carlos, en todo este proceso, largo, difícil, pero esperanzador de la reconciliación, resulta indispensable también asumir la *verdad*. Es un desafío grande pero necesario. La verdad es una compañera inseparable de la justicia y de la misericordia. Las tres juntas son esenciales para construir la paz y, por otra parte, cada

una de ellas impide que las otras sean alteradas y se transformen en instrumentos de venganza sobre quien es más débil. La verdad no debe, de hecho, conducir a la venganza, sino más bien a la reconciliación y al perdón. Verdad es contar a las familias desgarradas por el dolor lo que ha ocurrido con sus parientes desaparecidos. Verdad es confesar qué pasó con los menores de edad reclutados por los actores violentos. Verdad es reconocer el dolor de las mujeres víctimas de violencia y de abusos.

Quisiera, finalmente, como hermano y como padre, decir: Colombia, abre tu corazón de pueblo de Dios, déjate reconciliar. No le temas a la verdad ni a la justicia. Queridos colombianos: No tengan miedo a pedir y a ofrecer el perdón. No se resistan a la reconciliación para acercarse, reencontrarse como hermanos y superar las enemistades. Es hora de sanar heridas, de tender puentes, de limar diferencias. Es la hora para desactivar los odios, y renunciar a las venganzas, y abrirse a la convivencia basada en la justicia, en la verdad y en la creación de una verdadera cultura del encuentro fraterno. Que podamos habitar en armonía y fraternidad, como desea el Señor. Pidámosle ser constructores de paz, que allá donde haya odio y resentimiento, pongamos amor y misericordia (cf. *Oración atribuida a san Francisco de Asís*).

Y todas estas intenciones, los testimonios escuchados, las cosas que cada uno y cada una de ustedes sabe en su corazón, historias de décadas de dolor y sufrimiento, las quiero poner ante la imagen del crucificado, el Cristo negro de Bojayá:

Oh, Cristo negro de Bojayá,
que nos recuerdas tu pasión y muerte;
junto con tus brazos y pies
te han arrancado a tus hijos
que buscaron refugio en ti.
Oh, Cristo negro de Bojayá,
que nos miras con ternura
y en tu rostro hay serenidad;
palpita también tu corazón
para acogernos en tu amor.
Oh, Cristo negro de Bojayá,
haz que nos comprometamos
a restaurar tu cuerpo.
Que seamos tus pies para salir al encuentro
del hermano necesitado;
tus brazos para abrazar
al que ha perdido su dignidad;
tus manos para bendecir y consolar
al que llora en soledad.
Haz que seamos testigos
de tu amor y de tu infinita misericordia.

[Después de la oración:]

Hemos rezado a Jesús, al Cristo, al Cristo mutilado. Antes de darles la bendición les invito a rezar a nuestra Madre que tuvo el corazón atravesado de dolor.

Viernes, 8 de septiembre de 2017
Parque Las Malocas
Villavicencio (Colombia) ●



6 TEXTOS COMPLEMENTARIOS

6.1. La misión reconciliadora de la Iglesia (Juan María Uriarte)³⁷

El ministerio de la reconciliación ha sido encargado a los apóstoles (cf. 2 Cor 5,18-20) y transmitido a sus sucesores. Pero no es un ministerio exclusivo de estos. Ha sido encomendado a la entera comunidad eclesial. Juan Pablo II afirma que «a toda la comunidad de creyentes, a todo el conjunto de la Iglesia le ha sido confiada... la tarea de hacer todo lo posible para dar testimonio de la reconciliación y llevarla a cabo en el mundo» [1].

No se trata solo de un encargo a la comunidad, sino de una vocación de todo creyente. «En cierto sentido, todo bautizado debe sentirse ministro de la reconciliación, ya que, reconciliado con Dios y con los hermanos, está llamado a construir la paz con la fuerza de la verdad y de la justicia» [2].

La reconciliación «vertical» con Dios entraña necesariamente en el mensaje cristiano la reconciliación horizontal interhumana. «Él ha reconciliado los dos pueblos con Dios uniéndolos en un solo cuerpo por medio de la cruz y destruyendo la enemistad» (Ef 2,16). La reconciliación interhumana es, por tanto, también ministerio de la comunidad cristiana y de sus componentes.

En el presente capítulo vamos a desglosar algunas tareas relevantes que corresponden a nuestra misión reconciliadora.

1. Anunciar el mensaje cristiano completo de la reconciliación

Hemos visto que la reconciliación cristiana asume la

reflexión antropológica sólida sobre la reconciliación, acentúa algunas de sus intuiciones y ensancha sus perspectivas. El estudio bíblico realizado en el capítulo anterior subraya la iniciativa divina en todo proceso reconciliador. Destaca nuestra reconciliación con Dios como fundamento de nuestra acción reconciliadora. Profesa la muerte y resurrección del Señor como acontecimiento central y fundamento de toda reconciliación. Acentúa la mediación reconciliadora de la Iglesia. Incluye la reconciliación de todo el cosmos.

Las tres grandes confesiones cristianas han recogido en su teología la doctrina paulina de la reconciliación. Cada una de ellas ha subrayado aspectos diferentes. La teología protestante destaca la fuerza reconciliadora de la muerte de Cristo. La ortodoxa subraya el carácter curativo de la reconciliación. La católica, su virtualidad para hacernos hombres y mujeres nuevos. Las tres afirmaciones están contenidas en el mensaje cristiano y se complementan admirablemente.

Llama la atención la convergencia de estos tres aspectos con las constataciones de los expertos en la temática reconciliatoria. Ellos observan el extraordinario dinamismo reconciliador que surge en las personas reconciliadas (perspectiva protestante), la condición sanante de la reconciliación (perspectiva ortodoxa) y la experiencia de «vida nueva» que sienten las personas reconciliadas (perspectiva católica).

³⁷ URIARTE, Juan María: *La reconciliación*, Sal Terrae, Santander: 2013, pp. 48-62



Foto: cathopic.com

a) El pensamiento social cristiano expresado en las encíclicas *Dives in misericordia* y *Reconciliatio et poenitentia*, en los mensajes pontificios anuales para el Día de la Paz y en el magisterio episcopal refuerza la exigencia de la verdad en los procesos reconciliadores. Aboga, en consecuencia, por oportunos procedimientos de búsqueda de la verdad como primer paso hacia la reconciliación [3]. Recientemente los actuales obispos de la Comunidad Autónoma Vasca decían: «Deseamos prestar un servicio a la verdad, que es uno de los pilares básicos para construir la justicia, la paz y la reconciliación. No queremos reabrir heridas, sino ayudar a curarlas o a aliviarlas. Queremos contribuir a la dignificación de quienes han sido olvidados o excluidos y a mitigar el dolor de sus familiares y allegados» [4].

b) Idéntico subrayado merece para Juan Pablo II la realización de la justicia en el itinerario de la reconciliación: «La verdadera paz es fruto de la justicia, virtud moral y garantía legal que vela por el pleno respeto de derechos y deberes, y sobre la distribución equitativa de beneficios y cargas» [5]. Al mismo tiempo destaca las insuficiencias restauradoras de la pura justicia. En otro lugar, el papa reconoce la delicadeza del desvelamiento de la verdad. Invita a la cautela a la que todos deben atenerse en esta tarea ciertamente necesaria [6]. Llama incluso la atención su comprensión hacia algunos países democráticamente débiles cuyos gobernantes, ante el bien primordial de la reconciliación, han tomado el acuerdo de conceder una amnistía a quienes han reconocido públicamente los delitos cometidos [7]. Ayuda a comprender esta posición un artículo de Jon Sobrino [8] escrito desde el contexto de la situación salvadoreña. En él afirma que «algún tipo de reconciliación imperfecta, limitada y ambigua es necesaria» [9]. Citando a Comblin no encuentra otra salida que «escoger el proyecto [de reconciliación] más adecuado. La ética tendrá que juzgar la medida de las concesiones a la injusticia que sean tolerables» [10]. Con todo, no deja de señalar Jon Sobrino que, en esta tensión entre utopía y necesidad, la luz que nos guie ha de ser la utopía cristiana.

c) Mayor es aún la insistencia de la doctrina eclesial en el perdón como requisito de una auténtica reconciliación [11]. «Los pilares de la paz verdadera son la justicia y esa forma particular del amor que es el perdón» [12]. Es pertinente observar que el papa formula esta afirmación a los pocos meses del terrible atentado a las Torres Gemelas. Él mismo se pregunta:

«¿Cómo se puede hablar en las circunstancias actuales de justicia y perdón como fuente de paz? Mi respuesta es que se puede y que se debe hablar... El perdón se opone al rencor y a la venganza, no a la justicia».

El magisterio eclesial, aun sabiendo que el perdón ha entrado en Occidente por la puerta del cristianismo, no deja de reconocer el valor antropológico del perdón y su justificación incluso al margen de la fe. La visión cristiana del perdón «no excluye que su valor pueda entenderse también a la luz de las consideraciones basadas en razones humanas. La primera entre todas es la que se refiere a la experiencia vivida por el ser humano cuando comete el mal. Entonces se da cuenta de su fragilidad y desea que los demás sean indulgentes con él. Por tanto, ¿por qué no tratar a los demás como uno desea ser tratado? Todo ser humano abriga en sí la esperanza de poder reemprender una vida mejor y no quedar para siempre prisionero de sus propios errores y culpas. Sueña con poder levantar de nuevo la mirada hacia el futuro para descubrir una perspectiva de confianza y compromiso» [13].

El perdón contemplado en este y otros mensajes no solo es un valor humano individual, sino también social. «El perdón es también necesario en el ámbito social: las familias, los grupos, los Estados, la misma Comunidad Internacional necesitan abrirse al perdón. La capacidad de perdonar es básica en cualquier proyecto de una sociedad futura más justa y solidaria. Por el contrario, la falta de perdón, sobre todo cuando hace que los conflictos perduren, tiene enormes costes para el desarrollo de los pueblos... De este modo llegan a faltar las disponibilidades financieras para promover el desarrollo... La paz es la condición del desarrollo, pero una verdadera paz es posible solamente por el perdón» [14].

Ya en el año 1984 los obispos de la Comunidad Autónoma Vasca y Navarra consignamos esta reflexión: «La violencia puede sojuzgar a la violencia; la justicia puede domesticarla en cierta medida; solo el perdón puede vencerla, convertirla, liberarla... El perdón no es solo liquidación de los contenciosos de un pasado. Despierta energías dormidas en aquel que perdona. No solo no destruye, sino que construye. No solo ennoblece al perdonado, sino también al ofendido. No solo nos reconcilia con el otro, sino también con nosotros mismos. Por eso produce paz y engendra alegría. Frases como “Yo no perdonaré jamás” o “El pueblo no

perdonará” nos parecen pavorosamente inhumanas porque pretenden eliminar de la persona y de la sociedad la misma capacidad de perdonar» [16].

d) *El diálogo* como herramienta para la paz es asimismo insistencia del mensaje cristiano. El Mensaje de la Paz de 1 de enero de 1983 se titula *El diálogo por la paz, una urgencia de nuestro tiempo*. Es un pequeño tratado sobre el diálogo como avenida que nos conduce a la plaza mayor de la paz. Recoge la nativa aspiración de los humanos a solventar sus diferencias por medio de la palabra (n. 2). Acude a la experiencia histórica para mostrar que muchos conflictos se han evitado o resuelto a través de la comunicación dialógica (n. 3). Defiende la necesidad y la urgencia de este instrumento de comunicación. Enumera las virtualidades de un diálogo auténtico (n. 6). Contrapone a este los falsos diálogos y describe sus características (n. 7). Invita al diálogo nacional (n. 8) y al internacional y señala sus temas mayores (nn. 9 y 10). Invita a los responsables a favorecerlo con todas las vías a su alcance (n. 11). Exhorta a los cristianos a abordarlo «con la tenacidad y la esperanza» reclamadas por nuestra fe (n. 12).

En el jubileo del año 2000, en su alocución a los políticos de todo el mundo, afirmó que «el diálogo se manifiesta siempre como instrumento insustituible de toda confrontación constructiva, tanto en las relaciones internas de los Estados como en las relaciones internacionales» [17]. Notemos la insistencia reiterativa de estas palabras: «siempre», «insustituible», «en toda confrontación». Y en su «Discurso a responsables políticos y diplomáticos, culturales y religiosos, académicos y empresariales», pronunciado en Río de Janeiro el 27 de julio de 2013, el papa Francisco afirma: «Cuando los líderes de los diferentes sectores me piden un consejo, mi respuesta es siempre la misma: “Diálogo, diálogo, diálogo”».

El magisterio de los obispos de nuestras comunidades rubrica estas mismas convicciones pontificias. Dos son los documentos que tratan más extensamente el tema del diálogo. Uno de ellos se titula: *Conflictos humanos y reconciliación cristiana* (1984). El otro: *Diálogo y negociación por la paz* (1987). Del primero recogemos un párrafo ya citado anteriormente: «La reconciliación social y política requiere, por parte de todos, una decidida voluntad de diálogo, animado de un esfuerzo por comprender el punto de vista de las demás partes implicadas. Sin ese talante, el diálogo

degenera en una yuxtaposición de monólogos, desalienta a los interlocutores y aviva enfrentamientos. El diálogo requiere una actitud realista, exenta de maximalismos. Hemos de ser capaces de renunciar, cuando es necesario, a la pureza de nuestras afirmaciones utópicas o dogmáticas. Cuando los grupos se enquistan en ellas, acaban amando más la imagen de un pueblo soñado que la realidad de un pueblo concreto e histórico» [18].

Del segundo escrito señalo estas palabras: «Todo el mundo debería estar a favor de un camino que, por su misma naturaleza, tiende a sustituir el enfrentamiento violento y sangriento por el entendimiento alcanzado por medio del diálogo» [19].

2. Ser una comunidad reconciliada

Para que el anuncio del mensaje reconciliador tenga credibilidad social y no parezca palabra vacía es necesario que la comunidad cristiana se empeñe denodadamente en ser una comunidad reconciliada.

El pensamiento paulino de la unidad en la diversidad desarrollado en Ef 2,11-16 tiene perenne y universal actualidad. Es, en efecto, propio de la Iglesia ser y mostrarse como una comunidad reconciliada en la que conviven sensibilidades diferentes e incluso contrapuestas en aspectos teológicos, morales, sociales, políticos, pero capaces de dialogar y cooperar porque la fe compartida y el sentido comunitario han de ser más fuertes que sus diferencias y sus tensiones. La comunidad cristiana está llamada a ser escuela en la que se relativizan las ideologías, se respetan las convicciones legítimas y se promueven los valores morales que han de inspirar la vida intraeclesial y social.

Los conflictos culturales o étnicos no son los únicos que turbaron a las primeras comunidades. Basta asomarse al texto de Mateo 18,15-17. Desde el principio, la Iglesia de Jesús es Iglesia de pecadores que se enfrentan unos con otros, como seres humanos que siguen siendo. Desde sus orígenes, la Iglesia de Jesús es, en consecuencia, espacio de reconciliación y de mutuo perdón que ha de concederse «setenta veces siete» (cf. Mt 18,21-22). Lo que Jesús pide a su Iglesia no es que sea una comunidad impecable, sino compasiva. «Debemos perdonarnos como pecadores, no como justos» (Cencini). La aceptación del diferente y el perdón recíproco son signos mayores de la

comunidad eclesial y condición de credibilidad para el mensaje reconciliador que hemos de ofrecer a nuestra sociedad.

La coyuntura presente parece ofrecer especiales dificultades para vivir y testificar la comunión y la reconciliación eclesiales. Así lo confiesa la exhortación postsinodal *Reconciliatio et poenitentia*. Dice estas palabras: «Además de las escisiones ya existentes entre las comunidades cristianas, que la afligen desde hace siglos, en algunos lugares la Iglesia de nuestro tiempo experimenta en su propio seno divisiones entre sus mismos componentes, causadas por la diversidad de puntos de vista y de opciones en el campo doctrinal y pastoral» [20].

En efecto, las disensiones de teólogos con obispos, comunidades diocesanas con sus responsables, religiosos con prelados, diversos y contrapuestos movimientos laicales, grupos eclesiales de alcance internacional con la Sede Apostólica, no parecen atenerse siempre al espíritu y a la normativa de una auténtica comunión [21]. A una sociedad en gran parte distante de la comunidad eclesial podemos darle la impresión de un grupo no solo decadente, sino en paulatina descomposición. En muchos creyentes sinceros estas tensiones exacerbadas producen desaliento y desmoralización.

Estos conflictos no son puramente intraeclesiales. Las líneas que dividen a la sociedad atraviesan el propio interior de la Iglesia. La división y el enfrentamiento entre cristianos de opciones políticas y sociales diferentes pueden a veces estar soterrados en la comunidad cristiana, pero no son inexistentes ni irrelevantes para la misma comunión eclesial. Sé que en una comunidad compuesta por seres humanos los conflictos son inevitables e incluso pueden ser fecundos, sin dejar de ser dolorosos. Ni la vida eclesial ni la social pueden ser «una batalla de flores». Pero la voluntad de Jesús, la misma naturaleza de la comunidad cristiana y el testimonio reconciliador que hemos de ofrecer nos piden que las tensiones estén siempre inspiradas por la búsqueda del bien de la comunidad cristiana y humana, por el deseo de una comunión mayor, por el anhelo de comprender y por el mutuo perdón. Responsables y comunidades estamos llamados a restañar la comunión y a ofrecer a nuestra sociedad un testimonio mucho más neto de comunidad reconciliada.

A una Iglesia que quiere cumplir su misión reconciliadora no se le cae ningún anillo cuando pide perdón a la sociedad por sus propios conflictos no resueltos y por sus divisiones, omisiones y excesos pasados y presentes en torno a la reconciliación de la sociedad. No seríamos nosotros los primeros. Juan Pablo II nos dio cumplido ejemplo. Benedicto XVI ha seguido esta misma ruta en el escándalo sobre la pederastia. La Iglesia polaca pidió perdón por su inhibición ante la persecución de la comunidad judía. Algunas Iglesias sudafricanas que callaron ante la dictadura blanca tuvieron también el gesto humilde de expresar su arrepentimiento y pedir perdón a la población negra.

3. Reconocer y confesar nuestras propias insuficiencias

Nunca es suficiente lo que hacemos a favor de la reconciliación. Una mirada retrospectiva a nuestro comportamiento nos revela luces y sobras. Es verdad que desde el principio los obispos del País Vasco reprobaban la violencia terrorista de ETA. Una lectura desapasionada de los textos episcopales puede contemplar cómo fueron intensificando y precisando paso a paso su condena. El conjunto de estos textos fue conformando toda una ética para la paz. Un estudio minucioso y crítico concluye que los obispos del País Vasco han sido en nuestra sociedad los primeros, los que siempre e ininterrumpidamente han condenado los asesinatos de ETA [22].

La denuncia insistente y enérgica de ETA y de sus crímenes no impidió a los obispos reprobador, asimismo, aunque con mucha menor frecuencia e intensidad, los graves delitos cometidos en la lucha antiterrorista. Esta reprobación nos «mereció» el sambenito de equidistancia. Se nos acusó de equiparar a los agresores con los defensores. La lectura comparada que esperamos se realice un día logrará deshacer este descomunal malentendido.

El comportamiento de los sacerdotes al frente de sus comunidades fue algo diferente. Muchos de ellos estaban plantados en medio de comunidades locales muy enfrentadas o escoradas en una dirección única. Las mismas comunidades cristianas que lideraban no eran en absoluto inmunes a esta división social. Muchos optaron en esta materia por limitarse a reproducir literalmente las intervenciones episcopales. Otros silenciaron habitualmente la matizada doctrina

episcopal porque su gente «no estaba para estos matices». Es preciso reconocer que hubo algunos que, sobrepasando con mucho el discurso episcopal, sin llegar a aprobar más que en muy contadas ocasiones los delitos de ETA, no mostraron ante ella el rechazo moral que se merecía su actividad.

Ciertamente fueron escasos los espacios eclesiales en los que se entablara un diálogo entre creyentes de diferentes sensibilidades para converger en la valoración de los hechos delictivos de todo signo que se estaban produciendo y para ir abriendo, entre todos, caminos y actitudes de pacificación y de reconciliación. Hay algunos casos extraordinarios, pero son casi excepcionales.

En un punto concreto e importante fueron, a mi juicio, deficitarias y tardías la sensibilidad y la actividad de comunidades, presbíteros, colegios eclesiales y obispos. Las víctimas de ETA, que son las que más han sufrido en su carne y en su espíritu el zarpazo violento fueron, también para la Iglesia, al igual que para la sociedad, un descubrimiento que debería haber sido más temprano. Es verdad que en las homilias episcopales con motivo de un asesinato de ETA había siempre, tras la condena moral del atentado, unas líneas dedicadas a los familiares de la víctima mortal. Es verdad que algunas asociaciones de víctimas tomaron un sesgo político partidario que, en algunos ambientes, no facilitó el reconocimiento de las primeras. Es asimismo cierto que obispos y presbíteros hemos visitado a muchas víctimas en sus domicilios. Pero, a fuer de sincero, he de reconocer que, *a pesar de todo*, nuestra sensibilidad evangélica debería haber sido más fina y más activa con *todas* las víctimas.

También hay que decir que en los últimos años se ha ido afinando esta conciencia sensible y diligente para con ellas. Se les ha visitado, se les ha ayudado y se ha reconocido escuetamente esta deficiencia evangélica.

No tanto las víctimas cuanto las asociaciones de víctimas, que las agrupan en un número sensible pero minoritario, estiman que la Iglesia en el País Vasco les debe una abultada factura. Bastantes medios de comunicación social han extendido esta apreciación que ha hecho mella en una parte de la población vasca y, sobre todo, española. Me apena especialmente porque estoy persuadido de que la comunidad cristiana tiene mucho que aportar a la reconciliación y creo que las valoraciones inmediatamente antedichas rebajan

la credibilidad y la eficacia de la colaboración eclesial.

4. Contribuir a la sanación de las víctimas

a) Tarea connatural

Según todos los especialistas, reparar y sanar a las víctimas es un cometido central en una tarea reconciliadora. Es evidente que, dada la condición de la Iglesia, esta misión nos es sumamente connatural. La parábola de Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37) es para la comunidad cristiana y sus miembros todo un ejemplo y un programa. Ungir y curar sus heridas «con aceite y vino» es cumplir con el precepto del Señor: «Vete y haz tú lo mismo». No es una tarea exclusiva de la Iglesia. La sociedad civil y sus representantes tienen aquí un surco en el que han de entrar de lleno. Pero la comunidad eclesial debe contribuir, a pesar de las dificultades antedichas, con todas sus fuerzas.

Para contribuir a la sanación de las víctimas hemos de practicar primero el «ministerio de la escucha» empática y paciente. La sanación comienza con la curación de la memoria. La acción discreta de la gracia va trabajando este duelo hasta disponerle a la reconciliación. No olvidemos que, a la luz de la fe, todo el itinerario hacia la reconciliación está impregnado por la gracia de Dios. «Todo viene de Dios que nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo» (2 Cor 5,18). Cuando esta preciosa y noble disposición se da, la paz y la libertad interior regaladas por el Espíritu les hacen sentirse hombres y mujeres nuevos «Si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; la vieja ha pasado y ha aparecido algo nuevo» (2 Cor 5,17). Ayuda sobremanera a las víctimas creyentes el que quienes los acompañan sepan, con discreción y oportunidad, vincular su tragedia a la pasión y resurrección del Señor. No debemos omitir este servicio.

Muchos cristianos conocemos de cerca a alguna víctima. Entre todos podemos acercarnos a muchas de ellas. Es preciso que practiquemos junto a ellas el ministerio de la reconciliación. Para ejercer bien este ministerio no basta la buena voluntad. Es necesaria una cierta pedagogía. Formular las recomendaciones y los criterios requeridos por esta pedagogía es una tarea pendiente. Espero que alguna instancia solvente la realice sin demora.

Es preciso tener una buena relación personal con ellas para lanzarnos a entablar una comunicación que les resulte sanante. Las heridas son profundas. Si tenemos esta relación de calidad, atrevámonos. No se trata de una visita esporádica, sino de un acompañamiento prolongado, paciente. No se trata de responder a sus expansiones de cólera, de resentimiento, de amargura, incluso de odio. Se trata de escuchar. Los expertos dicen que tienen necesidad de relatar muchas veces lo que les pasó, la situación en que se encuentran, los sentimientos que las alteran y las turban. Es una especie de *talking cure* («la curación por la palabra», que bien conoce el psicoanálisis). Poco a poco se irá sosegando su dolor. Nosotros, llegado el tiempo oportuno, después de escuchar muchas veces, hemos de irles abriendo a áreas de su vida que han podido quedar bloqueadas por el gran traumatismo: ayudarles a reencontrar motivos para vivir, amar, trabajar, mirar al futuro, servir. Los hijos, la profesión, el servicio cívico o eclesial, la ayuda a otras víctimas han de volver a ser surcos de dedicación personal.

Una de las recomendaciones es la serena paciencia. A veces la agresividad que las víctimas llevan dentro puede volverse eventualmente contra quien las acompaña. Es un *transfert* muy explicable. La comprensión de su drama nos dará la paciencia necesaria.

Otras personas, aunque no sean propiamente víctimas (por ejemplo, madres de miembros de ETA presos o muertos), son también sufrientes y, como tales, necesitan ser visitadas y acompañadas. Son también destinatarias de la caridad cristiana personal y eclesial.

b) El papel activo de las víctimas reconciliadas

Realizar esta labor sanante es, además, «invertir en reconciliación». Los estudiosos comprueban con sorpresa que el movimiento de la reconciliación parte antes de las víctimas sanadas que de los agresores. «La reconciliación tiene su origen, precisamente, entre aquellos que han padecido las consecuencias de la violencia y demuestran ser capaces, por el bien de la sociedad y por el futuro, de reconstruir un nuevo orden no sobre la base de socializar más el sufrimiento, sino sobre la justicia y la esperanza» [23].

La experiencia les enseña que rara vez los agresores están dispuestos a reconocer sus abusos y mucho menos a dar el primer paso. Este fenómeno parece ca-

rente de toda lógica. La secuencia que a nosotros nos parece razonable es: primero se adelantan los agresores y, cuando estos muestran su arrepentimiento, entonces se moviliza el corazón de la víctima y les otorga el perdón reconciliador. En realidad, si miramos el proceder de Dios, es Él quien se adelanta reconciliándonos en Cristo, su Hijo, la Víctima por excelencia (cf. Col 1,20). La lógica paradójica de las víctimas que se adelantan a ofrecer la reconciliación historiza y refleja la lógica reconciliadora de Dios.

Los mismos expertos subrayan el papel de las mujeres en los procesos de la reconciliación. Carmen Hernández, la esposa de Jesús María Pedrosa, concejal del PP de Durango, asesinado por ETA, dijo públicamente estas palabras: «Yo les perdono porque soy cristiana y Dios me ha perdonado a mí. Además, el perdonar me hace sentirme más libre». He aquí un testimonio cercano que avala la experiencia de los especialistas. Las mujeres que han logrado su sanación suelen tomar la iniciativa en la reconciliación promoviendo gestos que pueden resultar cruciales para facilitarla. «Ellas son, por antonomasia, las embajadoras de la reconciliación»[24]. Saben imaginar alternativas a las posiciones enfrentadas y encontrar caminos de aproximación creativos e ingeniosos.

Una víctima reconciliada no solo puede ayudar a otras víctimas todavía bloqueadas, sino que puede suscitar en el mismo agresor un movimiento hacia el encuentro reconciliador. Existen, según los expertos, numerosas historias de víctimas rehabilitadas que, al encontrarse cara a cara con sus torturadores, se preocuparon de ayudarles a recuperar la humanidad que habían perdido. Y todo, gracias a que ellas habían visto restaurada la suya. Comienzan a darse también entre nosotros historias análogas.

5. Extraer de la liturgia y de otros gestos y símbolos eclesiales su potencial reconciliador

El ser humano es «un animal simbólico». Un símbolo siempre «da que pensar» (Paul Ricoeur). Dice más que lo que somos capaces de expresar con palabras y conceptos. Habla más adentro. Remueve zonas impermeables a la reflexión mental. El símbolo es más que un signo: contiene germinalmente lo que significa.

Un Willy Brandt arrodillado en el solar de un campo de concentración nazi habla por sí mismo y su ges-

to contribuye poderosamente a la reconciliación. Fue también enormemente significativo y catártico el gesto público celebrado en el Estadio Nacional de Santiago de Chile. En ese estadio, Pinochet había ejecutado a novecientas personas en las redadas que siguieron al golpe de Estado de 1973. Después de algo más de diecisiete años, el pueblo chileno vivió con intensa emoción este gran encuentro que significó no solo un reconocimiento de sus víctimas, sino un paso hacia la reconciliación. Los funerales de Estado que el Parlamento democrático de Hungría recién elegido decretó para Imre Nagy, líder en 1956 del alzamiento anti-comunista aplastado bárbaramente por los tanques rusos, produjeron un impacto pacificador en la sociedad húngara. En general, enterrar dignamente a las víctimas mortales y celebrar funerales en su memoria produce ordinariamente análogos efectos. La cruz levantada en tantos lugares donde yacen las víctimas es un reclamo para que no olvidemos la angustia que vivieron los cuerpos y los espíritus quebrantados. Pero también para que nunca perdamos la esperanza de la reconciliación. Dios ha querido reconciliar al mundo en la cruz de Jesús.

La liturgia de la Iglesia es una cantera excelente de gestos reconciliadores. En general, todos los sacramentos lo son, pues actualizan el máximo Gesto Reconciliador realizado por el Señor en la cruz.

Concretamente en la celebración eucarística, Jesucristo es «víctima de reconciliación» (Plegaria eucarística III) que trae la paz y la salvación al mundo entero. La reconciliación operada en la muerte y resurrección del Señor y actualizada en la Eucaristía anuncia y prepara la plena y definitiva reconciliación futura. Gestos de la celebración desvelan, bajo expresión simbólica, la gracia reconciliadora. Recitar el Padrenuestro; subrayar el rito de la paz; elegir con cierta frecuencia alguna de las dos plegarias eucarísticas de la reconciliación; escoger, cuando lo permite la liturgia, lecturas bíblicas adecuadas; introducir cantos animados por este espíritu..., son no solo un modo de afinar nuestra sensibilidad reconciliadora subjetiva, sino un impulso objetivo, a la luz de la fe, a la causa de la reconciliación.

Entre los siete sacramentos de la Iglesia tenemos acceso a uno singular y propio: el sacramento de la reconciliación. Este es su nombre preferido por el Vaticano II y la exhortación papal *Reconciliatio et poenitentia*[25]. «La reconciliación de la humanidad con

Dios lleva necesariamente consigo la reconciliación de los hombres entre sí. La Biblia tiene en cuenta ambos aspectos, si bien se fija fundamentalmente en el primero» [26]. Es, por tanto, más que legítimo acentuar esta dimensión horizontal de la reconciliación. No solo la reconciliación interpersonal y la eclesial, sino también la social, sobre todo cuando, como en nuestro tiempo, su necesidad se hace más grave y urgente. La gracia que se nos ofrece en este sacramento contiene la triple virtualidad subrayada en la teología protestante, ortodoxa y católica: nos fortalece, nos sana, nos hace hombres y mujeres nuevos.

Este sacramento contiene potencialidades aún no suficientemente actualizadas y, en ocasiones, ni siquiera atisbadas. La forma segunda de celebrarlo ofrece espacios para una creatividad litúrgica y pastoralmente sensata. Podemos elegir textos bíblicos que incluyan la reconciliación interhumana y eclesial. Podemos destacar en la homilía esta dimensión. Podemos incluirla en el examen de conciencia. Podemos acentuar el intercambio del gesto de la paz. Podemos concluir la celebración recordando que nuestra nueva condición de reconciliados comporta un compromiso, siquiera modesto, de ser reconciliadores en nuestra sociedad. Tenemos en este sacramento una verdadera cantera que delegados de liturgia y pastoralistas han de enseñarnos a «explotar».

Marchas y encuentros oracionales a favor de la paz y la reconciliación son también gestos eclesiales relevantes. Tuvo en su día un impacto notable el gran encuentro celebrado en torno al santuario de Armentia (Álava), que congregó a 50.000 creyentes. Las marchas anuales a Aránzazu (Guipúzcoa) y Zennarruza (Vizcaya) congregan a miles de cristianos preocupados por la reconciliación. En ellas la piden ardientemente, se identifican más plenamente con esta causa y expresan públicamente ante la sociedad su compromiso con ella.

6. Promover una cultura de la reconciliación

Una situación violenta e injusta tan prolongada como la nuestra suele dejar, incluso después de la paz lograda y asentada, un sedimento de actitudes intransigentes, desconfiadas, intolerantes. La deficiente cultura democrática común se muestra todavía más deficiente en un gran grupo de ciudadanos que durante largo tiempo han vivido tanto dentro de su organización como en sus relaciones con otros grupos actitudes au-

toritarias, impositivas e incluso belicistas. La «conversión» a las pautas democráticas y la introyección de los postulados de la paz es en ellos lenta y todavía incompleta. La intransigencia de las instancias antagónicas a ellos no les facilita el viraje necesario. Todavía estamos en los primeros compases de una verdadera «cultura de la paz» y de la reconciliación. Una cultura que en palabras de Juan Pablo II entraña también una «pedagogía de la paz» [27].

Esta cultura requiere un denodado aprendizaje e interiorización de determinados valores como el respeto a la dignidad de la persona, la sensibilidad hacia los derechos humanos, la propensión a solucionar los conflictos mediante el diálogo, la inhibición de actitudes violentas, la honestidad para pedir perdón y la generosidad para perdonar, la empatía hacia el sufrimiento humano, la postura abierta ante el pluralismo de ideas y opciones.

Los colegios eclesiales tienen en este punto una tarea indeclinable que van realizando durante bastantes años con creciente intensidad. Son un importante brazo de la Iglesia en este menester. Los colegios cívicos han de asignarse esta misma tarea, por encima de la variedad de ideologías entre los educadores. Son valores prepolíticos los que aquí se recomiendan. Contemplo, asimismo, con mucho interés la función educadora que iniciativas sociales como «Baketik» están realizando en este campo.

Pero la educación en la cultura de la paz y la reconciliación no se reduce al área escolar. Es necesario también intervenir en el área social. Tal intervención requiere la contribución de los medios de comunicación social eclesiales y cívicos. Por encima de sus opciones ideológicas están la paz plena y la reconciliación. La manera de informar y de valorar las noticias, el tono comedido y respetuoso con las personas, el acento puesto en aquellos hechos que favorecen la reconciliación, la preocupación por no exacerbar la confrontación pública de los diferentes grupos reflejada en sus páginas y emisiones son una aportación inestimable. Los medios de comunicación social tienen un notable poder modelador y configurador de la mentalidad y de la sensibilidad de muchas personas.

La educación escolar y extraescolar y la aportación de los medios de comunicación social, si son básicamente convergentes y comprometidas en la gestación de la cultura de la paz y la reconciliación, siembran el

terreno para una paz sólida y una reconciliación auténtica[28].

7. Orar por la reconciliación

a) El significado de la oración por la reconciliación

En pocas áreas de nuestra vida colectiva experimentamos tanto la fragilidad de nuestros proyectos y la inestabilidad de nuestros pasos como en el campo de la reconciliación. Es un terreno volcánico, una materia fácilmente inflamable. Parece haber pasado definitivamente la confrontación de las armas. Nos acompaña una esperanza probada y, en parte, herida. Los cristianos sabemos que la oración, fruto de la esperanza, se sitúa connaturalmente entre el optimismo presuntuoso y el pesimismo desesperado. Desde ahí hemos de redoblar los cristianos la oración por la reconciliación.

No se trata de declinar nuestras responsabilidades abandonándonos, con un providencialismo no exento de pereza, «en las manos de Dios». Se trata de reconocer que el bien de la reconciliación es una gracia que demanda nuestro ingenio, nuestra tenacidad, nuestra competencia, nuestra flexibilidad, nuestra altura de miras, pero desborda las posibilidades reales en-

radas en nuestro esfuerzo. Oramos, pues, por la reconciliación porque no basta cuanto podamos hacer por ella y para que no nos falte el aliento y el coraje de comprometernos en ella. Oramos para expresar que entre nuestro deseo y nuestras fuerzas existe una desproporción que solo la gracia del Señor puede compensar. Oramos para ser, con el Espíritu, constructores de la reconciliación. Orar es nuestro compromiso más específicamente creyente para cumplir, junto a otras fuerzas sociales, este alto encargo del Señor.

b) Los efectos de la oración por la reconciliación

Esta oración sostiene nuestra esperanza de reconciliación. Es un acto de fe por el que reconocemos que Dios es el protagonista de la reconciliación. Lejos de convertirnos en Prometeos autosuficientes, nos hace humildes colaboradores. La oración ensancha nuestra paciencia. Nos da fuelle para esperar sin desistir. Es la resistencia capital en procesos de por sí largos y laboriosos. Estimula nuestra actividad y creatividad. La inquietud, encendida por la oración, nos lleva al compromiso activo y a iniciativas ingeniosas que siembran de señales el camino de la reconciliación. Hace que penetre en nosotros el ruego apremiante del Apóstol: «En nombre de Cristo os urgimos: dejaos reconciliar por Dios» (2 Cor 5,20). ●

NOTAS

[1]. *Reconciliatio et poenitentia*, n. 8.

[2]. *Dives in misericordia*, n. 23.

[3]. Cf. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1997 «Ofrece el perdón, 60 recibe la paz», n. 5.

[4]. Obispos de la Comunidad Autónoma Vasca, «Purificar la memoria, servir a la verdad, pedir el perdón» (2009).

[5]. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2002 «No hay verdad sin justicia, no hay justicia sin perdón», n. 3.

[6]. Cf. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1997 «Ofrece el perdón, recibe la paz», n. 5.

[7]. Cf. *ibid.*

[8]. Cf. J. Sobrino, «El cristianismo y la reconciliación: camino a una utopía»: *Concilium* 303 (noviembre de 2003), 95-106.

[9]. *Ibid.*, 95.

[10]. J. Comblin, «Trabajo no violento por la paz y violencia liberadora»: *Concilium* 215 (enero de 1998), 94.

[11]. En su primera encíclica, *Lumen Dei*, el papa Francisco afirma que el perdón «muchas veces necesita tiempo, esfuerzo, paciencia y compromiso» (n. 55).

[12]. Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2002 «No hay verdad sin justicia, no hay justicia sin perdón», n. 2.

[13]. *Ibid.*, n. 8.

[14]. *Ibid.*, n. 9.

[15]. *Ibid.*, n. 10.

[16]. Cf. Obispos del País Vasco, «Carta pastoral *Conflictos humanos y reconciliación cristiana*» (1984), en *Al servicio de la Palabra*, EGA, Bilbao 1993, 415-456.

[17]. Juan Pablo II, «Alocución a los políticos con motivo del Jubileo del año 2000».

[18]. «*Carta pastoral Conflictos humanos y reconciliación cristiana*» (n. 66), en *Al servicio de la Palabra*, op. cit., 415-456, aquí: 450.

[19]. «Diálogo y negociación por la paz», en *Al servicio de la Palabra*, op. cit., 651-663.

[20]. *Reconciliatio et poenitentia*, n. 2.

[21]. Cf. M.-P. Prétat, «Actualité d'une théologie de la réconciliation», art. cit., 256.

[22]. Cf. G. Bilbao, «Sacrificados a los ídolos. Las víctimas del terrorismo en el discurso de los obispos vasconavarros (1968-2006)», IDTP-DDB, Bilbao 2009.

[23]. M. López Martínez, «Transiciones y reconciliaciones. Cambios necesarios en el mundo actual», en *Cultivar la paz*, Universidad de Granada 2000, 209. M. López es investigador de la Universidad de Granada en la temática de la paz y los conflictos.

[24]. Robert J. Schreiter, *El ministerio de la reconciliación*, Sal Terrae, Santander 2000, 50.

[25]. Cf. Agostini, en *Ecclesia* 1680 (1974), 249. 61

[26]. G. Flórez, *Penitencia y unción de enfermos*, BAC, Madrid 1993, 9.

[27]. Juan Pablo II, «Discurso al Cuerpo Diplomático» (13 de enero de 1997): ASS (1997).

[28]. Trataremos más extensamente su papel en el capítulo siguiente.

6.2. La tierra prometida, un viaje peligroso (Robert Schreiter)³⁸

Según el Estudio Económico y Social Mundial de 2004 realizado por las Naciones Unidas, una de cada 35 personas en el planeta es migrante. En los países ricos este número se eleva a uno de cada 12. El Banco Mundial ha nombrado correctamente a la migración como “una de las fuerzas determinantes del siglo XXI”³⁹.

Como es bien conocido, la migración plantea un conjunto de retos pastorales. En el caso de la migración forzada -de personas desplazadas o refugiados- o de la migración renuente (*reluctant migration*) -cuando las condiciones económicas no dejan a las personas otra opción aparte de migrar, existe la probabilidad de que el bienestar mental y espiritual de la migrante sufra daños o traumas. Cuando esto ocurre, emerge un conjunto de necesidades pastorales que deben ser atendidas. Entre estas se incluye lidiar con el recuerdo de dejar la tierra natal, con los riesgos y peligros que yacen en el tránsito a un nuevo país y con las consecuencias de la llegada al nuevo territorio. Estas necesidades pueden ser respondidas por un ministerio de reconciliación⁴⁰.

En este ensayo quiero, de manera coherente y reflexiva, presentar algunos de los problemas para este ministerio y bosquejar algunas respuestas posibles. La exposición tendrá tres partes. En la primera parte se esbozan las tres etapas del proceso migratorio y se presentan los problemas para la sanación y la reconciliación que surgen durante estas. En la segunda parte se evalúa qué grupos deben ser partícipes del proceso de reconciliación y a qué audiencias se dirige este. En la tercera parte se describen las características del trabajo de reconciliación con poblaciones migrantes. Aquí se exponen tanto los objetivos de este ministerio como los pasos necesarios para lograrlos.

Este bosquejo preliminar no pretende ser exhaustivo, no busca incluir todos los tipos de situaciones y problemas que deben ser enfrentados, ni todas las variaciones de estas que surgen en los contextos particulares. Los migrantes que huyen de un conflicto tienen diferentes dificultades a los que migran voluntariamente -pero con renuencia- por razones económicas.

Los que migran de manera voluntaria -por ejemplo, trabajadores altamente cualificados que buscan condiciones de trabajo más favorables- pueden evitar algunos aspectos negativos de la migración, pero aun así deben afrontar la soledad, la discriminación y otros reveses en su nuevo hogar. Esta exposición debe, entonces, ser vista como un primer intento de desarrollo de un marco conceptual para el ministerio de reconciliación y de sanación de los migrantes⁴¹.

ETAPAS DE LA MIGRACIÓN

Las tres etapas son: (I) dejar su hogar, (II) el tránsito a una nueva situación y (III) el proceso de arribo y asentamiento en el nuevo lugar.

I

Las personas que son forzadas a dejar su hogar y a reubicarse en otro lugar del mismo país se las llama *personas desplazadas*. Dependiendo de las condiciones de su desplazamiento, estas personas podrán o no volver a sus hogares; y muchas veces, los que pueden retornar encuentran sus pertenencias y medios de vida ya destruidos. Las personas que deben huir de su país son *refugiados* y los que dejan su país más o menos voluntariamente son *emigrantes*.

Una característica común entre todas estas situaciones es el *trauma*. Se entiende aquí por trauma un daño psicológico o espiritual causado por el shock de tener que partir, especialmente cuando este está acompañado por el miedo de perder la vida o de que un ser querido la pierda. Esta experiencia puede ser

³⁸ Perspectivas teológicas sobre la migración- CAPÍTULO SIETE: Migrantes y el Ministerio de la Reconciliación

³⁹ Se puede encontrar este reporte en www.un.org/esa/policy/wess (visto en abril 2007).

⁴⁰ Sugerí esto en Robert Schreiter, “Theology’s Contribution to (Im)migration” (*La contribución de la Teología a la (In)migración*), en *Migration, Religious Experience, and Globalization*, ed. Giocchino Campese and Pietro Ciallella (New York: Center for Migration Studies, 2003), 176-77. Este es un intento de articular las implicaciones de este ministerio.

⁴¹ Lo que será expuesto se apoya en Jorge Castillo Guerra, “Naar een theologie van de migratie”, *Tijdschrift voor Theologie* 44 (2004): 241-58.

temporal o crónica y severa. Cuando el último es el caso, se trata de un *Trastorno de estrés postraumático* (TEPT). Este puede inhabilitar el funcionamiento social normal de una persona y necesita de un tratamiento psicológico⁴².

Identificar la naturaleza de la experiencia causante del trauma es el primer paso para responder. No obstante, existen dos particularidades del migrante que dificultan su sanación: primero, que, por las condiciones de su partida, no puede volver al sitio de la experiencia traumática para aquietar sus ansiedades y miedos. Segundo, que en el nuevo lugar no existen personas que puedan entender el contexto del que viene.

II

La burocracia y la complejidad del proceso migratorio pueden afectar a los migrantes regulares. Los que migran de manera irregular están en riesgo de daños físicos: tanto por el camino que deben cruzar como por la detención por parte de las autoridades del país de acogida. Los migrantes irregulares se encuentran durante su camino con el riesgo constante de ser privados de su libertad y traficados a otro país para servir de mano de obra o para trabajar en oficios sexuales.

También hay riesgos psicológicos: la desorientación y la indefensión de los migrantes pueden generar ansiedades que pueden degenerar en un TEPT. Los migrantes son menospreciados, tratados como mercancía o como ganado tasable; se les reduce a objetos que deben ser transportados de un lugar a otro.

III

Este es el punto de mayor interés para el ministerio de reconciliación. Muchas veces el migrante no es bien recibido y no hay hospitalidad que fomente su integración. En estos casos suceden “Asimetrías”: se rompe la reciprocidad y el mutualismo con la violación de los DDHH, con la discriminación, el racismo, la xenofobia⁴³.

Aparte de sufrir violaciones de derechos, no se reconocen los logros de los migrantes. No se les permite a los migrantes ejercer su profesión, sino que se les limita a las labores manuales. Esto afecta la autoestima del migrante.

¿QUIÉN HACE PARTE DEL PROCESO DE RECONCILIACIÓN?

Se van a proponer seis grupos que hacen parte del proceso de sanación y reconciliación: el migrante, la comunidad del migrante, los descendientes del migrante, la población autóctona del país, el ministro encargado de la reconciliación y la contribución de la Iglesia.

Los migrantes deben sobrellevar los aspectos negativos de la migración y deben integrarse a su nuevo medio ambiente. Esto no significa que el migrante deba renunciar a su historia ni a sus características personales, sino que la integración es la capacidad de funcionar de una forma saludable en la variedad de roles y comunidades en la que ahora vive el migrante. El ministerio de la reconciliación debe facilitar este proceso.

En culturas sociocéntricas, El lugar que uno ocupa y el estatus que posee son centrales para la identidad y el bienestar del migrante. El migrante integra nueva información a su identidad cuando esta respeta las reglas sociocéntricas de su comunidad en relación con la formación de identidad. Por esto, en estos casos, el ministerio debe tener en cuenta el contexto familiar y cultural del migrante para poder ayudarlo en el proceso de integración.

Se debe prestar atención a los hijos y a los nietos de los migrantes y observar la manera en que la experiencia de migración les afecta. Debido a que muchas veces las experiencias de migración son traumáticas, los migrantes optan por el silencio para proteger a sus hijos de estas. Esto genera una curiosidad en ellos y esto hace que, a medida que van creciendo, empiecen a cuestionar a sus padres sobre lo que sucedió. Los padres pueden decidir romper el silencio al final de sus vidas, para que la experiencia no sea olvidada por las próximas generaciones. No obstante, los migrantes transmiten un trauma elegido (*chosen trauma*), es decir, una versión del o respuesta al trauma, que luego pasa a formar parte de la identidad de las siguientes generaciones. Este trauma afecta profundamente a las siguientes generaciones.

⁴² La mejor introducción al TEPT es la de Judith Herman, *Trauma and recovery*, rev.ed. (New York: Basic Books, 1997).

⁴³ Castillo Guerra, “Naar een theologie van de migratie”. El término de “asimetría” debe su origen a la reflexión latinoamericana sobre los procesos de globalización.

Las dificultades de integrar a la comunidad autóctona –la comunidad de acogida– al proceso de sanación se deben a que estos no han tenido la experiencia de migrar o no son capaces de comprender el contexto o las circunstancias que causan esta. Es necesario ofrecerle a esta comunidad una enseñanza específica y focalizada para que asimilen la otredad del migrante y para que conciben que la comunidad pueda incluir personas diferentes a ellos.

Los ministros de las poblaciones migrantes también pueden tener sentimientos de discriminación, racismo, xenofobia. Además, ellos deben ser conscientes de traumas propios, que pueden impedirles resolver los traumas de los otros o pueden incluso causarle daño a los migrantes.

Los migrantes no son receptores pasivos del ministerio de Reconciliación, ellos aportan tanto a la comprensión de su experiencia de refugio como a la comprensión del catolicismo de la iglesia. La iglesia es de carácter universal y multicultural, es *communio*, pero también tiene un rol de peregrino. Comprender esto permite una espiritualidad de la migración y de los migrantes.

MINISTERIO DE SANACIÓN Y RECONCILIACIÓN

Se plantearán los siguientes cuatro puntos: (1) Una comprensión general del significado cristiano de la reconciliación; (2) La cuestión de buscar la justicia para los migrantes; (3) El proceso de sanar recuerdos y (4) recuperar agencia como migrante.

La comprensión cristiana de la reconciliación

La contribución cristiana a la comprensión del término *reconciliación* tiene cinco elementos distintivos.

El primero es que *Dios es el agente de reconciliación*. El proceso de sanación es entonces una búsqueda espiritual, que recibe guía divina y no depende totalmente de las técnicas del proceso.

El segundo es que *la sanación comienza con la víctima*. La acción divina en la víctima permite que la víctima comience su proceso de sanación, aunque el victimario no se arrepienta de sus acciones.

El tercero es que *la sanación causada por el proceso de reconciliación lleva a la víctima a un nuevo lugar*. En lenguaje cristiano, aquí sucede una “nueva creación” (2 Cor 5 :17), Dios trae a la víctima a un nuevo estado en el que no olvida ni niega el pasado, sino que lo reinterpreta.

Cuarto, *se ha de reinterpretar la historia de migración*. Esto permite ver significados ocultos y explorar nuevas narrativas que permiten resituar la experiencia en la biografía del autor. Este proceso no busca disculpar las acciones del perpetrador, sino representar de una forma digna a la víctima.

Quinto, *el proceso curativo nunca termina*. Esto se explica porque no es posible tratar todas las dimensiones del trauma en el proceso de reconciliación. La forma en que el trauma afecta a la vida de las víctimas es muy compleja, el único que puede tener esa visión omnicompreensiva es Dios.

Estas perspectivas son un aporte cristiano a la Reconciliación y una respuesta a la migración, pero no son exclusivas de la religión católica. Puede ser de uso en comunidades no cristianas.

Búsqueda de la justicia

La búsqueda de la justicia no se opone al proceso de Reconciliación. Es posible que ambos sucedan. Es más, la justicia es una condición para que se desarrolle el proceso de reconciliación.

Asimismo, la justicia sola no es suficiente. Si bien esta puede reconocer y dignificar aquellos que sufrieron injustamente, esto no puede traer de vuelta a los que han muerto.

¿Cómo se busca la justicia a través del proceso de sanación y de reconciliación de los migrantes?

- 1) Logrando el reconocimiento de la ofensa del victimario o de la inocencia de la víctima.
- 2) Superando las asimetrías que han surgido.
- 3) Recuperar la agencia del migrante.

El reconocimiento del trauma es el acto fundacional de la búsqueda de justicia. Este está relacionado con *el silencio y la verdad*. Debido al carácter peligroso de la migración, la historia de lo sucedido queda sumida

en el silencio debido al miedo. Escuchar estas historias y reconocer el sufrimiento de las víctimas permite que el migrante se convierta otra vez en sujeto de su propia vida.

Se debe establecer la verdad sobre la migración. Si bien un refugiado que entra de manera irregular a un país puede estar violando la legislación de un país, esto no debería convertirlo en un criminal a los ojos de la comunidad de acogida. En muchos casos el caso de migración es una cuestión de supervivencia. La verdad profunda de la dignidad humana puede sustituir la ley positiva.

Contar la historia de sufrimiento y la verdad sobre lo sucedido es establecer las relaciones justas con el pasado. Esto es establecer justicia. Las reparaciones de los migrantes se deben buscar sobre estas bases.

Cuando se reconoce el trauma se pueden *relinear las asimetrías*. Estas son las relaciones distorsionadas adquiridas en los procesos de migración. Ejemplos de estas son la explotación de los migrantes por parte de las personas que les ayudan a cruzar las fronteras de manera ilegal y las condiciones injustas en términos de vivienda y empleo en las comunidades de acogida. El ministerio se ha de encargar de que se supere la discriminación, el racismo y la xenofobia.

Detrás de los procesos de justicia y de reparación de estas víctimas yacen problemas estructurales de justicia sobre una legislación migratoria humana y condiciones de asentamiento adecuadas.

Recuperar agencia significa que el migrante pueda desempeñarse como una persona completa y libre según la comprensión cristiana de la dignidad humana y de la igualdad. La reconciliación cristiana consiste en restaurar esta dignidad perdida.

La lucha por la justicia de los migrantes es un trabajo a largo plazo.

La sanación de recuerdos

Sanar los recuerdos no es olvidar ni suprimir, sino desintoxicarlos de forma que estos no limiten a la persona. Este recordar de manera distinta le permite a la víctima integrar de manera constructiva estos recuerdos a su historia de vida.

Hay dos estadios importantes en la sanación de recuerdos: recuperar el acceso a estos y reenmarcarlos y reformularlos. Los recuerdos tienen vida propia y controlan a las víctimas. Luego de un trauma los recuerdos no son accesibles en su forma completa. Además, estos pueden volver en forma de flashbacks tanto en vigilia como en sueños.

Los círculos de sanación son espacios seguros y hospitalarios donde la víctima puede examinar su pasado en compañía de oyentes comprensivos. En estos espacios se restaura la confianza en otros, perdida en la experiencia traumática. Es necesario que las víctimas sientan que son valorados como seres humanos y sepan que los oyentes acompañarán a la víctima en el proceso de sanación. Crear estos espacios seguros y hospitalarios es la contraparte humana de la experiencia de *fe* y de *gracia*.

Las identidades se constituyen a través de historias. Para desintoxicar una experiencia, esta se debe contar de forma distinta, haciendo nuevas conexiones y relaciones. Para esto, la víctima tiene que contar y recontar la historia hasta que esta se modifique. Una tarea del ministerio de reconciliación es proveer estos espacios.

Recuperar la agencia del migrante

La experiencia de la sanación lleva a la *víctima* a un nuevo lugar, a una *nueva creación* (2 Cor 5:17). Se trata de que la *víctima* se convierta en un *superviviente*. Este nuevo término implica tanto que la persona dejó de ser una víctima como que esta experiencia, le ha marcado y le mantiene en una lucha constante en contra de su revictimización. Con este cambio de estado frecuentemente viene un llamado o una *vocación*: muchos sobrevivientes sienten el llamado a ayudar a otros debido a la fuerza ganada en el proceso de sanación o la experiencia de debilidad y vulnerabilidad que vivieron y que solo ellos pueden comprender. Este ahora se puede convertir en un ministro de la reconciliación. Además, esta aparición de la *vocación* representa la plenitud del restablecimiento de la agencia de la víctima. ●



HERRAMIENTAS PARA LA **RECONCILIACIÓN**

*Sanando las heridas del conflicto y reconstruyendo
los vínculos y el tejido social a nivel personal,
comunitario, político y ecológico*

